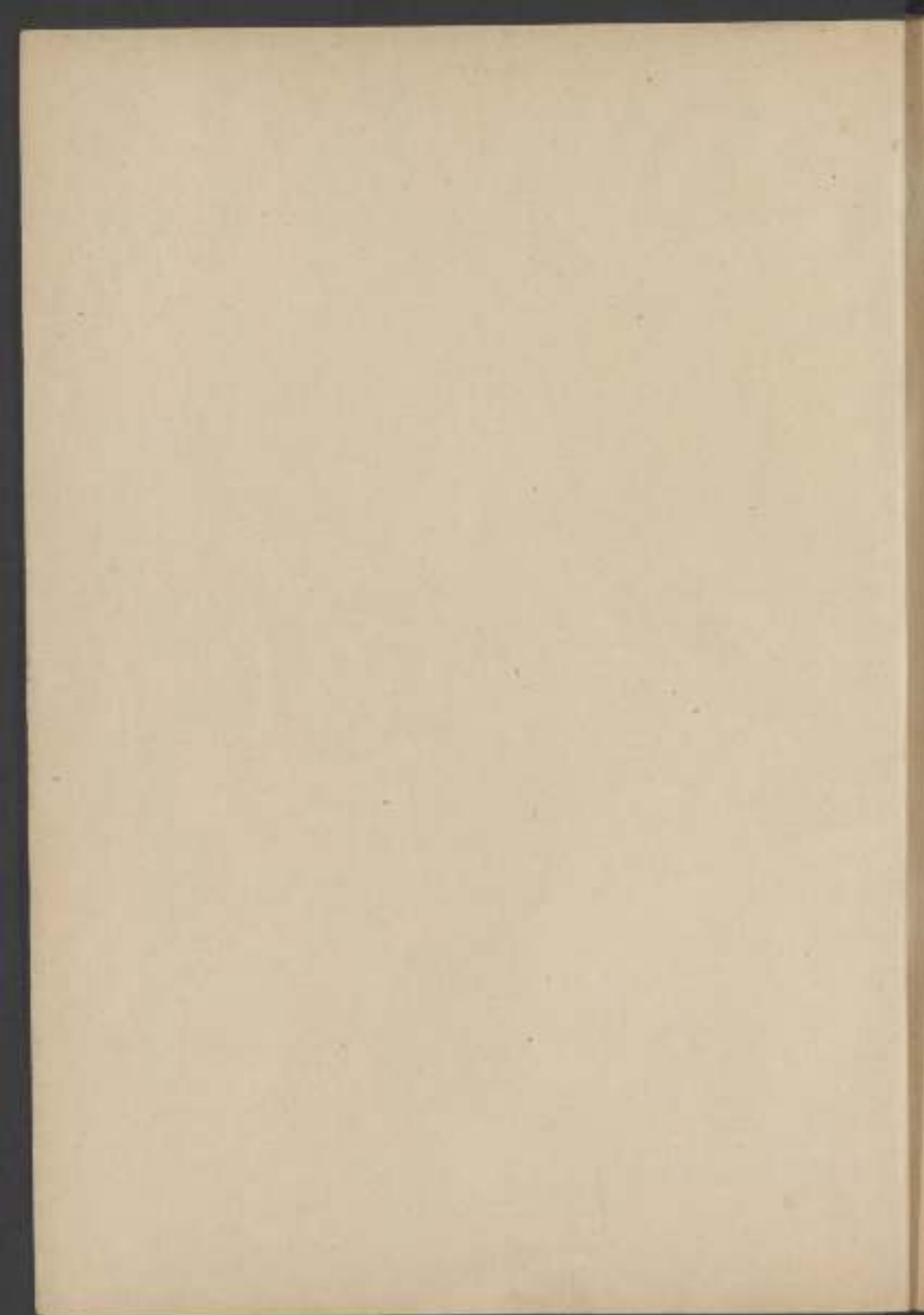


# MARIDO Y MUJER



CONCHITA  
MONTENEGRO  
JORGE  
LEWIS

EDICIONES BISTAGNE



MARIDO Y MUJER

---

---

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

---

---

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANK ISC - MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Paseo de la Pez, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

## MARIDO Y MUJER

Sentimental asunto, hablado en español, en que se muestra la maternidad en toda su ternura, la vida tal como es, el amor con sus penas y alegrías.

Dirigido por el famoso realizador de «EL SÉPTIMO CIELO»

FRANK BORZAGE

Es un film FOX

(Oro de ley de la pantalla)

Distribuido por  
HISPANO FOXFILM, S. A. E.  
Valencia, 280  
BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

INTERPRETES PRINCIPALES:

Conchita Montenegro, Jorge Lewis,  
Rosita Granada, José Nieto,  
etc.



# Marido y mujer

---

## ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

---

Uno de los más bellos lugares de Luna Park es el salón de baile llamado "El Acorruado". Tiene la forma de la cubierta de un transatlántico y produce la impresión de encontrarse a bordo de uno de esos grandes paquebotes que realizan las travesías de larga navegación. Con una imaginación un poco brillante, pueden los halladores creerse en pleno océano, marchando en dirección a Europa o regresando a América tras una serie de viajes de placer. Las empleadas, vestidas con uniforme de marina, completan la sensación de la realidad.

Pero, al contrario de lo que sucede con los magníficos buques, no son gente rica los que lo frecuentan. Acostumbran pisar sus bien pulidas tablas, dependientes de tienda y empleados de escritorio, muchetas y mecánicas, toda la distinta gema de esa clase media que con los pies clavados en la pe-

lusa parece tener el pensamiento hacia capas más altas de la vida social.

Era aquella una de las noches más apacibles de otoño. Un aire suave y dulce, que parecía saturado de esencias marinas, refrescaba el claro ambiente. De la cubierta de proa surgían las notas estridentes de un jazz-band, esparciéndose hacia lo alto como un saludo a las estrellas.

Una mujer bella y joven, apoyada en la borda, tenía la mirada fija en el espacio lejano. Se hallaba en un solitario lugar donde llegaban amortiguados los ruidos de la danza. Sus ojos contemplaban el eterno río y en la cortante marea creía ver una revuelta codulación de mar. Daba la impresión de hallarse aislada de todo, a solas con su pensamiento.

Un muchacho, uno de esos humildes halá-

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

tuados a la conquista, con habilidades de tenorio de poca monta, se acercó lentamente.

—¿Se puede saber qué hace usted ahí tan serio? ¿Está usted esperando a alguien?

Molesta por la curiosidad, le replicó con otro viso:

—Sí, señor. Espero a mi abuelo, que llega esta noche de hacer la travesía del Atlántico a cada.

—Bueno, pues entonces, dale muchas recuerdos cuando llegue, y abriguelo bien, que es a llegar tiritando.

—Si necesitara una manta, ya le llamaré.

Comprendiendo que perdía el tiempo y que aquella mujer, con sus agudezas y demores, sabía defenderse bien, el conquistador desistió de sus propósitos y marchó en busca de mejor suerte.

Momentos después apareció otra muchacha, que había oído las últimas palabras del diálogo.

—¿Qué pasa, Clara? ¿Te molesta alguien?

—Nada, chica. Pero el día que me tope con un hombre que al momento de conocerme no me quiera dar una cita, me voy a caer redonda al suelo.

—Pues vas a tener que esperar un rato a que nazca un hombre así.

—Los hombres son todos iguales. Lo mismo los ricos que los pobres. Con las mujeres siempre tienen la misma idea.

—¿Verdad?

—Sí, sólo por la manera como te miran, ya te das cuenta de lo que están pensando, y siempre es alguna barbaridad. Sube a un tranvía cuando vaya llena la plataforma, y verás cómo se te fuerzan algunos viajeros. O vete al cine, y notarás, a la mejor, cómo al de la butaca de al lado empieza a... inclinarse.

—¿Muy divertida!

Llegó otra muchacha, plácida, nerviosa, uno de esos temperamentos inquietos y vivaces, una dependienta que trabajaba con Clara en la misma tienda que ésta.

—Oye, Clara, ven. Te voy a enseñar lo más original que has visto en tu vida.

—¿Qué?

—Un muchacho que hay aquí que no "flirtea" con nadie.

—Me chata. No hay animal de esa especie.

—Ya lo verás.

Marcharon contentas, mientras la otra amiga iba a reunirse con unos jóvenes.

—¿Dónde está ese buen mozo?

—En la otra cubierta. Parece muy triste.

—A lo mejor, es que anda cerca su mujer.

—Está solo y si siquiera mira a ninguna muchacha.

—¿Que no mira a ninguna? ¿Te apuestas medio dólar a que sucede lo contrario?

—¿Qué quieres decir? ¿Que tú lograrás hacerle hablar?

—Sí. No me será empresa difícil.

—Apuesta. Medio dólar, ¿eh?

—Ya es más. ¿Dónde está ese chico raro?

—Ven para acá.

—Dana el putarrín. Voy a contarle una canción.

Su amiga le entregó el instrumento y unas pocas jóvenes llegaron suavemente hacia otra de las cubiertas donde, en profunda quietud, se hallaba un muchacho de aspecto distinguido y melancólico, con los codos apoyados en la barandilla y esa mirada triste y vaga de quien tiene muy lejos la imaginación...

Con una vozecilla tierna y suave, Clara rugió las cuerdas y empezó a cantar, mientras con sus ojos oscuros y apasionados contemplaba al indiferente galán:

*Amar, amar es mi cantar,*

*Sin él, la vida es*

*Más triste que un ciprés...*

*Amar es un bello ideal...*

*Amar es...*

El joven volvió bruscamente la cabeza ha-



cio Clara y le dijo, con un acento en que vibraban el enojo y el desdén:

—¿Le da a usted eso con mucha frecuencia?

—Estoy cansada.

—¿Ahí, ¿ahí? Creí que era nerviosa.

Un poco picada, ella contestó:

—No, señor. Es una canción de amor. ¿No ha notado usted que decía amor varias veces?

—¿Y se ha encontrado usted a nadie mejor para darle la lata?

Clara se volvió hacia su amiga:

—No sé si lo ganado la apurista o no.

—Espera. Se lo voy a preguntar. El lo sabrá. Oígame usted, joven. Había apostado medio dólar con mi amigo a que no era capaz de hacerle a usted desplegar las labias. Lo que no sabemos es quién ha ganado, porque, hijo, tiene usted un modo de desplegarlas...

El muchacho, viéndose objeto de la fina burla de aquellas traviesas muñequitas, se amoscó.

—¡Ah, ya! ¡Mire qué monas! ¿Conque son ustedes de esas cinturitas que se las dan de graciosas, eh?

Clara se encargó de responderles:

—No, señor. No confunda. No somos de esas. Lo que pienso es que como no hay modo de dar un paso sin que los hombres le digan a una nada, y mi amiga me dijo que usted no saltaba prenda, naturalmente, me chocó.

El mozo envolvió a las dos amigas en una ojeda de censura, de investigación, y habló con voz metálica y cortante:

—Si no quieren que los hombres les digan nada, ¿por qué se visten ustedes así? No hay necesidad de bajar tanto el escote, ni de apretarse la cintura. ¿Por qué llevan los vestidos tan ceñidos? Para que los hombres vean todo lo que hay que ver. La faldita, dispuesta para que el viento la levante por encima de la rodilla. Pues, oiga usted. Si no

quiere que los hombres le digan nada, baje la bandera.

Y señaló la faldita corta de Clara, que dejaba ver la bien torneada pierna.

Clara y su amiga se miraron, cubiertas por aquella lección de moral.

—Me parece que no le he caído a usted en gracia—indicó la primera.

—No me interesa usted lo más mínimo, con perdón.

—Bueno, pues, entonces... nada más.

Después de retirarse desconcertadas, cuando la amiga de Clara dijo a ésta:

—Hija, no me has presentado a tu amigo.

—Tienes razón.

Y, dispuesta a hacer un poco de nada del severo muchacho, prosiguió:

—Le presento a usted a mi amiga Jennie Driggs, la novia de mi hermano.

—Muy bien. Y a usted, ¿quién la presenta?

—Yo misma, quiera usted o no. Me llamo Clara Haley, y además, a mí me me la da usted. Es usted como los demás, ni más ni menos. Lo que pasa es que gusta usted una táctica diferente. No me chocaría nada que acabase usted enseñándome a dar un paso.

—Sí. Vamos a hacer una buena pareja. Yo tan hábil, y usted tan presumida.

Llegó al grupo otro muchacho.

—Oye, Jennie.

—¿Qué quieres, María?

—Mi hermano está con nosotros, ¿verdad? ¿Quieres venir?

—Sí. Espera un momento.

—Bueno.

—Clara, nos encontraremos en el puesto de refrescos, dentro de diez minutos. Sé que te voy a dar un disgusto dejándote sola, pero...

Y, cogiendo por el brazo a María, Jennie marchó muy aprisa, mientras Clara y el desconocido quedaban frente a frente, con mal

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

contenida recela por parte de él, graciosa e irónica ella.

Deseando divertirse a costa del pobre muchacho, Clara le habló:

—La he dicho a usted mi nombre y todavía no me ha dicho usted el suyo.

—John.

—¡Ah! ¿eh? ¡Qué casualidad! Ya conocía a un muchacho que se llamaba John y tenía un Ford. ¿No se lo han presentado a usted nunca?

—Puede ser. Pero, no. El que me presentaron tenía un Chevrolet y se llamaba Fred. No creo que sea el mismo—contestó, manteniendo el mismo tono burlón.

—Vamos, que es usted también bastante guisón.

—Sí. Y usted también bastante fresca.

—Le preciso nada más.

Llegó hasta ellas el rumor de alegres voces femeninas, de alborotados gritos de hombres.

El llamado John hizo un gesto de desdén, como si le molestase aquella diversión vulgar. Miró a Clara y su sonrisa desdénosa se acentuó.

—Usted debía estar con ellos, muchacha. Sí, con todos esos idiotas que están gritando como locos, haciéndose la ilusión de que se divierten.

—Pero usted me parece que está también aquí, ¿no?

—Estoy aquí para respirar un poco de aire puro. Se habrá usted fijado en que no estoy tirando el dinero, ¿eh? Ni siquiera le he invitado a usted a un refresco.

Clara se molestó de veras.

—Oiga usted, no please, no vaya usted a figurarse que yo necesito que me convida usted a ningún refresco. ¿Entiende? ¡Pues, anda, hijo! ¡No es usted nadie!

—¡Annah!

—Y lo que es si nos perdemos, que nos busquen juntos.

Y se alejó, ofendida por el desaire.

...

Clara y John demostraron que no eran extranjeros ni que el idioma que los separaba fuese insuperable, por cuanto más tarde salieron juntos de "El Astrozado", como los amigos del mundo.

Habían hecho las paces, se habían vuelto a encontrar poco después de separarse tan violentamente, y como ambos sentían una extraña similitud espiritual, volvieron a juntarse con cierta atracción irresistible.

Olvidando su diálogo burlón, tomaron juntos unos refrescos, que el muchacho pagó sin la menor protesta. Fueron a pasear por las cubiertas superiores, desiertos a la sazón, propicio lugar de confidencia.

Tuvo Clara que confesarle que aquel joven, tan serio al principio, con esta al parecer de nuevo amigo, era realmente encantador. Su mal humor, su desdén, provenían precisamente de encontrarse superior a todo cuanto le rodeaba, de molestarse aquel derroche de frivolidad, él, tan habituado al cultivo de la meditación. Y como Clara no era tampoco una mujer vulgar y había siempre huido de todos aquellos galanes de ocasión que juran mil veces de amar cincuenta veces al día y al siguiente olvidan nunca, se sintió atraída por la conversación discreta de John, que en desconfianza a los terrenos eternos de la galantería y temía de las cosas un concepto claro, honrado y limpio.

Simpatizaron con tal prontitud, después de las huellas del principio, que pareció establecerse entre ellos una buena amistad.

A medianoche, Clara manifestó su deseo de marcharse y aceptó que su nuevo amigo

la acompañara hasta la puerta de su casa.

Aun quedaron en el baile Jennie y María, comentando el bueno cambio que había tomado aquella amistad. Ahora sí que Jennie se convencía de haber perdido el medio dólar.

Vida Clara en una sencilla casa de barrio, una de esas modestas casas de vecindad que son como pequeños pueblos.

El joven entró con Clara en el portal, de donde inmediatamente arrancaba una escalera angosta.

—Muchas gracias por haberme acompañado hasta casa. Lo he pasado estupendamente.

Eddie saludó con un movimiento característico en él, poniendo la mano derecha a la altura de la frente.

—Muy bien. Pero, ¿nos volveremos a ver?

—No crea. Bueno... a lo mejor, sí. ¡Qué abuel Adán, tengo que irme para arriba. Como mi madre murió, mi hermano es el jefe de la casa y se enfada mucho cuando vuelvo tarde. Tiene miedo de que me pueda pasar algo. Claro que, como dice Jennie, nadie guarda a una mejor que una misma, y cuando una no quiere que le pase nada...

Interrumpióse al oír en la cima de la escalera una voz de mujer, chillona y autoritaria:

—¡Triste, además, un cuerto de kilo de ensalada de patatas, y no compras queso Camembert. Luego no se puede con el olor.

—Traré lo que me dé la gana—respondió un acento agudamente—. Por todo tiempo que amar broca.

Y bajó lentamente un sujeto de las raíces, en la que se veían huellas del alcohol. Sin

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

miráales sigues y refunfuñando contra un costillo, salió a la calle.

Clara comentó:

—No me gusta que hablen a voces en la escalera. Le quitan posén a la casa, ¿no?

—Mi madre también hablaba a voces en la escalera.

—¿Murio?

—Sí, y mi padre también.

Y por los ojos de John cruzó como una nube de tristeza.

Pasó entonces ante la puerta una mujer de cierta edad, en cuya pálida rostro se adivinaba un amorgo reciente.

Lentamente, como si el peso del dolor no le dejara apenas andar, se acercó al teléfono que estaba colocado en el fondo del portal y con voz que tenía un acento dramático, comenzó:

—Cuatro, siete, cinco, tres.

Clara, en voz baja, explicó a John:

—Su madre está muy grave.

Y de nuevo guardaron silencio, escuchando lo que decía la vecina:

—Ester... será mejor que venga... Si... sí... Ten valor... Sí... A las nueve y media... Acababa de mirar el reloj... Si puedes, pasa antes por casa del señor Levant. Ester, tienes que hacerte fuerte... hay mucho que hacer... ad... adi... adi... adi...

El llanto quebraba su voz. Dejó el auricular y volvió a salir, fantasmal, impotente.

—¿Ha muerto su madre, señora Gordon?

—preguntó Clara.

—Sí.

—La siento mucho, de verdad.

—Gracias, Clara.

Se apoyó en la barandilla de la escalera; parecía como si fuese a caer.

—¿Qué color era noche?, ¿verdad?

Y se pasó la mano por la frente de marfil.

—¿Quiere usted que la acompañe, señora?

—Indicó el joven, solista.

—Muchísimas gracias. No es nada. Ya estoy bien. Un poco cansada. ¡Buenas noches!

—¡Buenas noches!

La vieja desapareció escaleras arriba, apoyándose pesadamente y dando de vez en cuando suspiros que partían el corazón.

—¡Pobre mujer!—dijo John.

Clara, amiga de la observación, murmuró:

—Una casa de vecindad como ésta es de la más chocante. Se sabe de muerte la madre de esa señora en el quinto piso y esta mañana la señora Miller, del segundo piso, ha tenido un niño.

—¿Sí? Pues sí que le han hecho un favor.

—¿Qué quiere decir?

—Que tirarlo al mundo, cuando no se tiene dinero para mantenerlo, es hacerle una mala jugada al pobre niño.

—No debe usted decir esas cosas—indicó Clara con una ternura en la que vibraba como un ansia maternal.

—¿Pues qué? ¿Qué le espera a ese pobre niño? Acabar muriéndose de hambre en un rincón. Ha nacido en el segundo piso y probablemente se morirá en el quinto. Toda una vida para subir tres pisos.

Hablaba con brusquedad, con el mismo tono desagradable y áspero de cuando se conocieron. Tenía de la vida un concepto gris, penoso. No creía más que en el esfuerzo propio y conceptualmente le mayor parte de las cosas del mundo como inútiles.

Ella se lamentó:

—John, dice usted las cosas de una manera...

—¿Sí? Mira. Aquí tiene usted a un hombre como yo, que va a salir ganando en este juego. Para mí no va a haber pobreza ni privaciones. Tengo ahorradas quinientos ochenta dólares. En dos meses tendré para poner una tienda de aparatos de radio.

—Y ¿no sabe usted que en la vida hay otras cosas, además del dinero?

—Por eso hace falta el dinero, para comprarlas.

Clara suspiró, envolviendo a su amigo en la luzecilla negra y apasionada de su mirar.



—Bueno. Me tengo que ir. Mi hermano me va a poner de oro y azul. Una vez fui a Coney Island y no volví hasta medianoche. ¡Había que verla! Hasta me atizó aquí, en este ojo.

—¿Le pegó?

—¿Y no poco!

—Si quiere, subiré con usted.

—¿Qué? ¿Quiere colgar usted también?

—¿Yo? ¡Fíjate! A una chica que va conmigo, no le pega nadie, ni aunque sea su hermana.

—Eh, lo que quiere es que yo no vaya por mal camino. Como dice Jennie, por mucho cuidado que se tenga...

—No se puede hablar con usted sin que salga a relucir esa Jennie.

Volvió a subir con lentitud el vecino que había ido al almuerzo. Su mujer, que parecía estar espionando su vuelta, le miró furiosa, aliterado como un cado.

—Ya me has desobedecido. ¿No te he dicho que no traigas queso de Camembert, que huele a demonios?

—Cuando uno se lo ha comido, yo no huelo.

—Ya te dará yo, sinvergüenza.

Y se oyeron nuevas voces y una puerta que se cerraba con brusquedad.

—¡Vaya una casa!—comenzó John—. Una vieja que se muere, nace un niño y una mujer no deja que su marido compre queso.

Clara, un poco disgustada por aquel modo de expresarse de su nuevo amigo, le respondió:

—¡También está usted burro, John! Menos mal que es usted el primero que me acompaña a casa y no se sobrepasa. Bueno, me tengo que ir. Y he de decirle una cosa, John: si no tuviere tan mal geniecito, sería usted un muchacho la mar de simpático.

John sonrió y, llevándose la mano junto a la sien con su gesto que parecía recordar un saludo militar, dijo:

—¡Muy bien! A lo mejor, se le ocurre a usted llevarnos por allíano cualquier día. El número de la tienda donde trabajo es cuatro, seis, cinco, ocho, tres. Tome nota, por si acaso.

—4-65-83. Es de la única manera que puedo recordar los teléfonos. ¡Buenas noches, John!

—¡Que buenas, Clara! Y, oye... espera un momento. No me llamo John, ¿verdad? Me llamo Eddie Collins.

Y, saludando de nuevo, más risueño esta vez, murió de prisa, mientras Clara se detenía hasta verlo desaparecer en la oscuridad.



\* \* \*

Eddie Collins estaba empleado en una casa de aparatos de radio. Era un muchacho que había dedicado su vida a la labor y al ahorro y que, acaso un poco amargado por la soledad de su vida, no tenía ya más ilusiones que las de su trabajo.

Efectuaba también labores extraordinarios y en el cuarto de la pensión donde vivía arreglaba por la noche aparatos de radio que le confiaban algunos particulares.

Su ideal, su plan soñado y magnífico, era el poder tener un negocio propio. Y estaba ya en vísperas de realizarlo con los ahorros que con afán había conseguido reunir.

Su existencia, enriquecida por esa labor paciente del pájaro que desea ser algo, del ser humilde que anhela cambiar de posición, no había conocido esos dolores de frialdad a que se entrega la juventud.

Toda la contraria. Si alguna vez, en las escasas horas de sueño, había ido a algún baile, a algún teatro, a algún parque de atracciones, se había aburrido mucho más que cuando estaba en su pensión.

Aquella misma noche, en el Luna Park, se había sentido solo y triste, con una extraña timidez para todo. Nunca había tratado con muchachos y jamás aspiró ese perfume de amor que trastorna la vida y la transforma. Su misma soledad le hacía triste y rudo.

Por primera vez en su vida, había acompañado a una mujer. Al principio, se había mostrado receloso y hasta grosero, mas luego, esa atracción seductora de toda alma juvenil y femenina, le había inclinado hacia ella, haciéndole vencer su primer temor.

Su alma estuvo una extraña lucha. Deseaba huir, alejarse de aquella mujer a la que quería desdeñar como a todos, pero al propio tiempo una nueva voz de misterio le atraía con la inflexibilidad de una ley natural. De ahí las contradicciones de su carácter, las bruscas mutaciones de afecto y de desdén, el orgullo y el deseo anudando una lucha interior. De ahí que le diese el número de su teléfono, pero agregando al propio tiempo palabras que parecían indicar una falta absoluta de interés. Y luego, un anhelo de que le telefonara, concretado al conocer su verdadero nombre.

Cuando Eddie se alejó de Clara, quiso convencerse a sí mismo de que ésta nada significaba para él. Pero el insomnio le atormentó aquella noche, con la voluntad y el corazón llenos de un recuerdo femenino.

Y al siguiente día, en la tienda, fué dominado por un mismo pensamiento: Clara. Lo quiso apartar de sí, molesto por aquella debilidad de su alma tan fuerte, pero el pensamiento perseveraba, le perseguía, se hacía inevitable, volvía a surgir con una risa sonora que parecía hablarle del poder fascinador de la mujer.

Y aquella tarde, contra lo que él había creído, Clara le llamó por teléfono desde la tienda de modas donde trabajaba.

¿Podían volver a verse? Y él, pobrecito hombre, accedió de mil amores y la citó en una esquina cercana.

Y tuvieron una cita, y otra, y otra, y la mayor parte de los días se encontraban. Pero a poco, una confianza cada vez más viva les

unión. Hablaban de todo, de sus vidas humildes—también ella era pobre y huérfana, sin otra compañía que la de su hermano—, de su juventud un poco triste y solitaria, del poco gusto que hallaban en las diversiones. Hablaban de todo, menos de amor, aunque amor les presidiese. El era demasiado orgulloso para confesar que estuviesen enamorados, y ella, estándolo realmente, tenía poca experiencia de que fuese posible aquel cariño, pues muchas veces le había hablado Eddie del divino don de la independencia, a la que nunca renunciaría.

Eddie no quería analizar demasiado su estado, que el temor de encontrar en él signos evidentes de que ya no le pertenecía del todo, de que su voluntad era esclava de otra voluntad. Para disimular, intentaba consueñarse a sí mismo de que no era más que una amistad sincera y noble la que le unía con Clara. ¡Enamorado, no! Eso te deja para los tontos, que no saben dominarse. Así llevaban ya varias semanas. Clara, firmemente prendada de aquel joven, superior al medio normal de las gentes de su clase, y él pretendiendo combiar las cosas de hombre y cubrir la desnudez blanca y pura del amor con un velo de amistad y simple simpatía.

Una tarde, en la tienda, el señor Lathrop, su principal, que estaba hablando con un cliente, llamó a Eddie, atraído en la reparación de un soberbio aparato de radio.

—En momento, Eddie. ¿Puede usted terminar el aparato del señor para mañana por la mañana?

—Sí, señor. Trabajaré en él esta noche. Tiene usted una radio magnífica.

El cliente sonrió:

—No tengo mujer. Por eso me puedo permitir el lujo de comprar un aparato de radio de trescientos dólares.

—No está mal—dijo el principal—. Y, además, si tiene usted la radio conectada todo el día para que no pare de hablar, puede

usted hacerse la ilusión de que tiene la mujer en casa.

—Buena. ¿Me la mandarán ustedes mañana mismo? Estoy ansioso por oírla en mi casa.

—Desenlá usted.

Cuando el cliente salió, el señor Lathrop, que era un buen hombre, llano y afable, dijo a su dependiente:

—Ya has oído. Ese señor sabe lo que quiere decir. Aprende de él y no te rueras.

—¿Yo? No hay unidad.

Y se echó a reír, como si con su risa un poco fuerte quisiera sacudir la voz burlona de su alma.

—Ya tendrás, sin embargo, un día u otro.

—Si ni siquiera sé cómo hay que hablar con una muchacha. No sé lo que me pasa. Quiero ser amable, ¿comprende usted?, y decir cosas dulces como los demás hombres, y no me salen. No estoy acostumbrado. No era usted que no se me ocurrían, pero cuando las sueltas, pues ya no es lo mismo que se me había ocurrido y resulta una estupidez. Y de eso a casarme, vamos, ni soñarlo.

—Eso valdrás ganárselo.

Llamaron al teléfono y una dependiente se puso al aparato. Al cabo de unos momentos, entró el auricular a Eddie.

—Sí, sí. Oye, Don Juan, que ahí te llama una de tus víctimas. Ha llamado ya antes, pero tú no estabas.

—¡Ah, Dios!

Sería Clara. Eddie, con tono grave y el propio tiempo complacido de que fuese aquella mujer la que le sacara siempre su confesión, agachó el aparato.

—¿Eres tú? ¡Hola, fea! Claro que soy yo. ¿Quién te había creído? Sí, donde siempre, junto al escaparate de la confitería. Oye, interesante, que estás a punto. ¿eh? Que a mí no me gusta esperar en las esquinas. ¿sabes? Sí, a las siete y media. ¡Muy bien!

Dejó el teléfono, contento de aquella audacia.

La dependiente le miró riendo.

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—Conque así andamos, ¿eh?

—¿Qué pasa? Es simplemente una enana-  
cida.

—¡Hipócrita! Estoy viendo que te encuentras  
un día de estos.

Y, sofocada, viendo que los otros descu-

brian sus sentimientos, volvió a su taller a  
trabajar en todos aquellos aparatos de rodar  
que habían conocido durante mucho tiem-  
po su única obsesión. Hacia ahora, en que  
algo lejano y suave le hacía, contra su volun-  
tad, sentirse prisionera...

...

Llega a catorce. Eddie, al salir del despacho, se dirigió a su casa para guardar el aparato de radio y trabajar en él durante la noche. Sólo estaba allí un momento, pues a las siete y media le aguardaba Clara.

Pero, tímido del público, comenzó a examinar el magnífico juego de lámparas y los distintos perfeccionamientos introducidos en su construcción, y se le fue pasando, sin darse cuenta, la hora de la cita. Y tan entregado estaba a ello, que olvidó que Clara le aguardaba hasta ya mucho rato.

La llamada es casual de esperar bajo la espesa cortina de agua que resbalaba sobre su sombrerito y su abrigo impermeables. Iba nerviosa de una acera a otra, esperando ver en cada una de las escasas transeúntes que pasaban por allí la silueta de su amigo.

Un sujeto, con aire de aprovechado conquistador, se acercó a ella.

—¿Me esperabas a mí, encanto?

Clara era oportuna y rápida en sus contestaciones:

—No, señor. Espero a mi marido, que es guardia de este distrito.

—¡Ah! ¿Sí? Perdona.

Y marchó más que de prisa, no queriendo relación alguna con la autoridad.

Todavía aguardó más tiempo hasta que se convenció de que Eddie no vendría. ¡Cuidado que ese muchacho era el colmo de la brevedad! Seguramente había tenido miedo a mojarse, sin pensar que ella, habiendo hecho honor a su calavera, no reparaba en ningún obstáculo para verle.

Disgustada y al propio tiempo con la sen-

pecha de que pudiera haberle ocurrido algo desagradable, se dispuso a ir a la casa donde él vivía, una pensión en la que el joven tenía alquilado un pequeño cuarto que le servía de dormitorio y de taller.

Llamó con los nudillos a la puerta.

—¡Adelante!—le dijo Eddie.

Ella entró y vio a Eddie sentado ante una pequeña mesa examinando un aparato receptor.

Sonrió al verla.

—¡Hola, Clara!... Ahora mismo iba a salir... ¿Hice mucho tiempo que esperabas?

—¡Tú dirás... ¿Te parece bien estar aquí tan lejos, mientras yo me falo hasta los huesos en una esquina?

—No sabes qué horn era... Me había enredado con ese cacharro. ¿No te parece una maravilla?... Se puede oír el Japón con él...

—¿Sí? ¿Y te enteras de los anuncios? ¡Muy interesante!

—No te enfades. Mira, ven... Te voy a enseñar lo que había que arreglarle.

—A mí no me importa lo que tuviera que arreglarle... Yo no soy ni Edison ni Lindberg, ni el que haya inventado ese trasto. Yo soy la que te estaba esperando a las siete y media junto al aparapate de la confitería. ¿No te acuerdas?

—Ya te he dicho que me perdí, que no me había dado cuenta. De verdad, te lo juro. Además, la radio es mi oficio, y gracias a ella voy a tener pronto una tienda propia... Cré que te interesaría mi trabajo.

Ella sació su voz,



## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—No, si me interesa mucho, pero, vamos, una cosa es que tú sigas Japón y otra es que yo me pase las horas plantada, aguantando la lluvia.

Eddie no le contestó y conectó el aparato, apartándose por toda la estancia una suave y grata música lejana.

—¡Sólo me faltaba eso!—protestó la joven yendo hacia la ventana y mirando desde allí el panorama incomparable, los grandes letreros que escribían sus anuncios con letras rojas y azules en la pantalla celeste.

—Buena, hija, no hay para tanto... ¿Qué quieres que le haga?... Agua pasada no mueve molino.

—No me lagues más chistes con el agua, que ya me ha caído bastante encima... ¿Qué quieres decir con eso?

—Que ya lo pasado, pasado, y te vuelva a repetir que lo siento... ¿No me perdonas?

Clara se volvió a él y lo miró con miras acritas.

—Tengo derecho a estar enfadada, ¿no?

—Sí. Tienes todo el derecho a todo. ¿Qué más quieres?

Experimentaba también un gran disgusto al ver el error cometido de su amiguita. Por primera vez conocía lo triste que sería su vida si ella se marchase definitivamente.

—Nada más que eso... Que tengo derecho—contestó ella.

—De acuerdo... ¿Entonces...?

—Entonces, ¿qué?

—Que me podías ir perdonando un poco, ¿no te parece?... Anda... Dí que me perdonas... ¡Dímelo!...

La joven aun permaneció callada unos instantes, pero al cabo movió la cabeza en sentido afirmativo.

—¡Gracias, Clara! —le dijo él, feliz— ¡Muy bien!... Pero, ¿me quieres decir una cosa? ¿Cómo has dado con mi cuarto?

—Me acordé que me dijiste que era en el tercer piso, centro y...

—Servirías para detective... Bueno, quédate el impermeable y quédate aquí un rato conmigo.

—Na... na... Nos vamos a un cine como habíamos dicho.

—Pero está lloviendo a cántaros.

—Sí, pero yo no puedo quedarme aquí.

Se había sentado en la cama de él y a su lado Eddie la contemplaba con infinita ternura.

—¿Por qué no? ¿Qué tiene de malo?

—Que mi hermano me rompe la cabeza si se entera de que he estado a solas con un muchacho en su habitación... Además, si por casualidad me ve tu patrona... va a pensar que soy una cualquiera.

El río.

—No, hija. Aquí no pienso hacer nada.

—Pero es mejor que esperemos abajo a que pase de largo.

—Es capaz de estar un par de horas diluviando. Nos debemos quedar aquí, donde estamos más refugiados.

—No... na... Si tú no me quieres ir, yo me voy... No está bien que esté sola aquí contigo.

Eddie la miró sorprendido.

—¿Por qué? ¿Me ha atrevido yo alguna vez... a nada?

—No. Ya lo sé. Pero yo no soy de esa clase de chicas que van a los cuartos de los muchachos.

—¿Bueno?... ¡Díjate de tonterías! Tengo que pensar en cosas más serias. ¿comprendes?... Voy a traer mi establecimiento propio... He estado hablando de eso con mi jefe esta tarde.

—¿De veras? ¡Va a ser magnífico!

Y en vez de su gesto fueron tan dulces, tan bonos de almor, que el joven sonrió y le acarició con un dedo.

—A mí no me gustan las melindrosas, ¿eh?

Tenía ella una sonrisa tan encantadora, tan llena de feminidad, que Eddie sintió algo en



el alma que no había sentido nunca. Una necesidad de caricias, de ternuras, de caricias. Y la suplicó:

—¿Dame un beso, ¿quieres?

Algo demente, ella contestó, volviendo su contacto, y con una ironía suave:

—A mí no me gustan las melosidades, ¿eh?

Y vino como invitándole a una caricia que parecía esperar hacía mucho tiempo y tenerla también...

—Pero un poco no está de más,

—¿No... no!...

El rozó las labias de Clara, con un beso tembloroso, ligero...

La joven se apartó, nerviosa.

—¡Déjame así!

—¿Anda, quédate!... ¿Qué más te da?... ¡Quítate el abrigo!

—No, no vamos... No quiero...

—¿Anda, quítate!

—¡No quiero, no!...

Eddie le había obligado a quitarse el impermeable.

—Y el sombrero también...

—¡No! ¡No!... ¡No quiero, Eddie!... ¡Sólo tú!...

—Anda, sí...

—¡No... no!...

Más un nuevo y ardiente beso en la boca hizo desfallecer la voluntad de Clara. Y ya no protestó y se sentó junto a su amigo murmurando palabras dulces y cariñosas... Aquella caricia, que era la más ardiente declaración de amor, había acallado sus temores, sus escrúpulos... Se miraba a los ojos de Eddie sin pensar en nada más, atardecida como bajo una atmósfera de opio.

Y Eddie había olvidado todas sus timideces, todas sus firmes anhelos de no amar jamás a ninguna mujer... y parecía como un niño junto a ella repitiendo las besos, acariciándola, mirándose en la luz de su mirar sereno... La intimidad, el recogimiento, la ocurrencia, le habían vencido...

Y así, entre caricias febriles, abrazados fuertemente, permanecieron largo tiempo, mientras afuera caía la lluvia y se iban apagando como si tuvieran sueño, los grandes letreros luminosos...

\*\*\*

Fundidos en un abrazo, sentados muy cerca de la ventana, vieron pasar los horas con el agradable y tímido calor de sus cuerpos.

De pronto pascieron volver a la realidad y Clara se incorporó asustada. Un viejo reloj daba, lentas y majestuosas, doce campanadas.

—¡Oh, Eddie!—dijo Clara con espanto—. No creía que era tan tarde.

—Si no es tarde...

—Si lo es.

—No... no... Mira... ya no llueve... Fijate—abrióse revolviendo la ventana—. Un muchacho queriendo darle un beso a una chica.

—¿Dónde está?

—Aquí.

Y abrazándola otra vez fundió su boca en la de ella.

—¡Oh, Eddie! ¡Suéltame! ¡Me tengo que ir!...

El la dejó pensosa.

—¡Ah! En cuanto se enté un ratito contigo, ya se sabe: "Me tengo que ir". "Me tengo que ir".

—Es que me tengo que ir.

—Ni que te fuera yo a comer.

—No... Pero no puedo quedarme más tiempo. Yo...

—Te tienes que ir... ya lo sé.

—No te enfades.

—No me enfado... pero es que siempre tienes que estar dando la lata con tu "me tengo que ir"...

—Es que de verdad me tengo que ir.

—¡Lequillo! ¿No sabes decir nada más?

—Pero, Eddie...

—¡Clara! ¡Vidita! ¡Quédate!...

Y apretándolo contra su corazón, la volvió a besar haciendo que desfalleciera la voluntad de aquella mucherita que se sentía llena de amor por aquel hombre, el primero a quien adoraba...

Y así transcurrieron nuevas horas, con tiernos suspiros, con dulces palabras, como si todo lo demás hubiese muerto. Mas al fin Clara volvió a la realidad y atemorizada miró la ventana. Un resplandor tan tímido anunciaba el alumbramiento de la aurora. A lo lejos un gallo bendió con su arrogante grito el cristal del cielo.

—¡Dios mío! ¿Qué tarde es! ¡Vamos, vamos!

Esa vez Eddie no coo insistir.

—Vamos, ya que te empeñas. Te acompañaré.

—Tengo miedo a mi hermano.

—Verás como no ocurre nada.

Y procurando no hacer ruido, para que nadie despertara en la casa, salieron a la calle, respirando con avidez el aire del amanecer.

...

Eddie la acompañó hasta el portal. Permanecieron allí hablando todavía unos momentos... Clara, temerosa, telefoneó a casa de su amiga Jennie. Quería contarle que estaba en seguida para salvar la que adivinaba impetuosidad brutal del hermano. Pero nadie contestó en casa de Jennie.

—¡No te pongas así!—le dijo Eddie, disgustado—. Es una tontería. Al fin y al cabo no son más de las cuatro.

—Nunca he estado fuera de casa más tarde de las doce. Mi hermano me va a matar.

Se la adivinaba agitada, presa de hondo terror.

—Vámonos, mujer, no lloras, haz el favor.

—¿Si yo pudiera encontrar a Jennie!

—¿Pero es que no puedes dar un paso sin Jennie?

—Es que mi hermano está loco por ella y si ella estuviera presente no se podría como se pone... Por lo menos no armaría escándalos. ¿Tú no sabes el genio que tiene!

—Bueno, si quieres, vamos a casa de Jennie a ver si está.

—Si quisiera, hubiera contestado al teléfono. Debe estar durmiendo en casa de su tía...

—Anda, subamos.

—¿Tú?

—Sí. Voy a subir para decirle a tu hermano que has estado conmigo.

—Tú quedas aquí mañana en los periódicos.

—Verán como yo. En cuanto haga nada

más que amenazarme, conecto mi puño con su mandíbula y se acabó la conversación.

La joven miró con alborozo a Eddie, que le daba tal muestra de cariño.

—¿Cómo te quiero, Eddie!

El se enorgullecó ante aquella declaración y llevó la mano a la sien con su gesto invernal.

—¡Muy bien!

—No sabes decir más que eso...

Y le miraba mimosa, anhelando palabras tiernas de amor.

—Es que... no sé si me entiendes... No me salen las palabras... no se me ocurren... pero, ¿qué tienes?, ¿por qué vuelves a llorar?

—¡Oh, Eddie!

—La siento, hija mía. Tengo yo toda la culpa.

—¿Qué va a pensar mi hermano cuando me vea entrar a estas horas?... No sé qué hacer...

Eddie vaciló unos momentos, pero al cabo, en carterón, que en aquella noche había vendido en toda la línea al darse cuenta que no era amigo lo que le unía a Clara, sino el mismo amor del que antes se oía, le dijo con el acento grave del que presiona un importante negocio:

—Oye, dile que nos vamos a casar...

—Sí, pero él comprenderá que no es verdad.

—¿Cómo?

—Cuando vea que no nos casamos.

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—Bueno, pero es que nos casamos de veras...

Y su sonrisa afluía espontánea, con sencillez.

—¿Nos casamos?

—¿La que no quieres?

—¿Tú quieres decir?... ¿Me estás preguntando que si quiero casarme contigo?

—¡Sí!

La emoción le impedía hablar... Aquella dulce muchachita no creía posible tanta felicidad. Viendo a Eddie siempre tan brusco, tan apocado a sus cosas materiales, no había podido creer que un día le propusiera un plan serio y matrimonial... Ni siquiera en aquella noche de besos y caricias y suavidades.

Pasó en un "flic", en una lecura de unas diez migajas, cortados de pronto por la realidad... ¡Pero un casarse!... Y sin embargo él se lo acababa de repetir con acento tinerro, hasta un poco con la misma brusquedad habitual... ¿Qué más quería ella que casarse? ¿Qué más podía saber ella que vivir siempre, siempre con el hombre al que acababa sin todo su ser, con toda su juventud, con todo el resto de sus venas?

—¡Oh!, claro que quiero, claro...

—¡Muy bien!

Y otra vez el gesto risueño que parecía definir su personalidad.

—Estor encantada de casarme contigo, Eddie... No te arrepentirás nunca, te lo juro. Yo no me imaginaba que tú querías casarte conmigo... Éramos dos amigos, buenos amigos, pero...

—Ni yo tampoco me lo imaginaba...

Y aun ella dudaba de que fuera posible aquella resplandeciente verdad, aun le parecía que solo un sentimiento amistoso a una simple atracción efímera les había de unir.

Y era tan buena aquella muchachita que, pensando por un instante si Eddie sentiría aquella por salvarla de la (moedad del hermano, indicó:

—Eddie, si no me quieres de verdad...

yo...

El joven hizo un gesto brusco y cortó sus palabras.

—¿Qué? ¿Nos vamos a poner a discutir ahora?

—No...

—Oye, yo nunca me vuelvo atrás, ¿sabes?... Y si quieres que te diga la verdad, no creas que me estás engañando...

—Yo no te quiero engañar, Eddie...

Eddie la miró fijamente. En aquella noche había comprendido que su destino era estar con aquella mujer, tan pura y buena.

—Si yo no pensara que tú eras la chica más buena del mundo, ni te hubiera mirado... La mejor mujer del mundo tenía que ser para mí, ya lo sabía yo... Y si tú crees que yo soy uno de esos que prometen casarse con una chica cualquiera, estás equivocada...

—¡Eddie, eres estupendo!—le dijo complacido y riéndose ahora de aquella rotunda con que el joven quería evitar, con una gran modestia, que se reconociera la inextinguible bondad de su alma... A nadie más que a ti se te ocurre hacer una proposición de casamiento que parezca una broma. ¡Ay, hijo, tampoco me la das tú a mí! Quiero parecer un hombre brusco y no lo eres ni pizca. Aunque no quieras, tienes un corazón de oro.

—¡Bueno!

—Una mujer puede estar segura de ti.

—¡Bueno!

Y sonreía como un chiquillo a quien descubren su falta. ¿Qué era al fin y al cabo sino un niño grande?

En aquel momento entró en el portal y empezó a subir la escalera, borracho como una ruja, el viento a quien su mujer no tenía que poner a raya constantemente... Dejó a su paso un olor fuerte de taberna.

Clara hizo un gesto desolado y luego continuó mirando a Eddie.

—Podremos ser muy felices, ¿eh?

—¡Toda la vida!

# M A R I D O Y M U J E R

—Hay mucha gente que está casada y es muy feliz.

Para ser así la voz dura y agresiva de la esposa del borracho que recibía a éste con los debidos honores.

—Estoy trabajando todo el día como una bestia para que tú vengas a casa paradas las cuatro de la mañana, después de haberte gastado el dinero en la taberna. Ya te he aguantado bastante. ¡Hala, vete de aquí, sin vergüenza!

El hambriento bajó las escaleras pronunciando palabras incoherentes y produciendo una impresión repugnante.

Clara se abrazó a su novio.

—Eso no nos pasará nunca a nosotros, ¿verdad?

—¡Clara qué na! ¡Buena!

Estrechó su mano y pareció ir a subir la escalera.

—¿Quieres que suba contigo?

—¡No! Ya no tengo miedo—dijo más decidida—. No tengo miedo de nada. Me portaré, no sé, como si ya no estuviera sola...

—¿Verdad?

—¿Cuándo nos casamos?

—Mañana mismo por la mañana... Iremos al juzgado... Pediré permiso en la tienda... ¡Qué raro!... ¿Pues no estoy así contento?... ¿Qué te parece?

—¡Oh, Eddie!

Cambiaron un largo beso y un abrazo, y Eddie le murmuró:

—¡Buenas noches!

—¡Buenas noches, amor!

Comenzó ella a subir la escalera mientras el joven se encaminaba hacia el portal.

De pronto Clara se volvió y sus labios iniciaron una luminosa y nueva sonrisa.

—¡Eddie!

—¿Qué?

—¡Marido!

Se abrazaron por última vez, y Eddie levantó la mano con su gesto favorito.

—¡Muy bien!

Y salió precipitadamente no queriendo que le viera la emoción.

Ya en la calle llamó a un taxi y se hizo conducir de nuevo a su domicilio... para entrar, en el silencio de su habitación, en aquella dicha tan bella...



...

Llamó Clara con timidez a su piso... ¿Qué iba a decir su hermano al verla llegar a aquellas horas? Pero ya no le importaba lo que le pudiera decir. La seguridad de que Eddie le quería, de que había jurado casarse con ella, le daba la fuerza insuperable para vencer todas las dificultades. Se había injectado en su sangre la fuerza del amor y todo lo resistiría sin quejarse.

Era tan bonita su dicha que parecía un sueño. De un ligero "fieri" surgía la pasión que iba a unir dos almas para siempre... Aquel Eddie, con toda su rudeza, con ese disimulo del hombre brusco que en el fondo tiene un caudal de ternura, era un hombre maravilloso con el que iba a vivir tan bien...

Le franqueaban la entrada. Jennie, su íntima amiga, era quien le había abierto.

Clara lo contempló con sorpresa y vió allí mismo, sentado ante la mesa y jugando con los dados, a su hermano Jim.

—¡Hola, Jennie! ¿Qué hora aquí?

Ella le miró con carinosidad y le contestó:

—Jim fué a mi casa hace una hora a ver si estabas allí. Como estaba tan inquieto, me vine a hacerte compañía...

Y mirando de reojo a Jim, que tenía el gesto duro, hizo luego una seña a Clara y continuó con su conversación verborrea:

—Hija, no he podido acordarme del nombre de ese hospital donde me dijiste que ibas a ver a esa muchacha amiga tuya... No está mejor, ¿verdad? Cuando has estado con ella hazme las cuentas de la mañana...

Comprendió inmediatamente Clara que

Jennie, la excelente compañera, quería salvarla del compromiso, y se la agradeció con una mirada de alivio.

Pero Jim se levantó y con un tono de voz en que se adivinaba al hombre de mal genio, gritó:

—Buena, ¿has terminado ya con tu cuento?... Y tú, ¿se puede saber de dónde vienes?

Clara no quería disimular, no estaba dispuesta a inventar historias. La verdad era más linda, más bonita, de mayor seducción. Y quiso contar sin palitiveri.

—Jennie, te vas a quedar de una pieza... ¿Me caso?

—¿Tú?

—Ya será un poquito mecoo—según Jim con una sonrisa satánica.

—¿Qué quieres decir?—indió Clara, furiosa.

—Para que no cuentes paparruchas. Yo creí que las mujeres presentaban el novio a la familia para que lo conocieran.

—Así es en las familias donde no le tratan a una como prisionera...

Jim la envolvió en una severa mirada.

—¡Eh! ¿Para el carro!... No sé si te has dado cuenta, a la mejor no, porque no tienes el pie de eso, de que has sido hasta ahora un buen hermano. ¿Qué hermano?... He sido un padre y una madre para ti. ¿Te he estado manteniendo y sosteniendo la casa para que ahora tengas el derecho de presentarte a las cuerdas de la mañana con la copia de que te vas a casar?

Jim era un muchacho intransigente, de genio irascible, de sentimientos inflexibles y duro, que había tratado siempre a su hermana con una dureza agresiva. Era muy morulista para los demás, pero su conducta propia dejaba mucho que desear. Más de una y de dos veces había representado el amante a su casa, después de alguno de esos vulgares juergas con que los hombres de poca voluntad suelen embrutecerse.

Ultimamente se había enamorado de Jennie y ésta le quería también, aunque su manera de tratarla, su falta de exquisita coquetería, eran cosas que dificultaban el curso de aquel amor.

Clara, ante la ilúpica fraternidad, se defendió:

—¿Es que no te parece bien que me cases? ¡Si ni siquiera lo conoces a él!

—No, pero lo voy a conocer. Trástele por aquí, que conozca a tu familia, como es lo decente, y dentro de algún tiempo, si a mí me parece, te podrás casar con él.

—¿Dentro de algún tiempo?

—¡Ah! No quieres, ¿eh?—Me la figuraba... Es una boda a toda prisa, ¿no?

Y con palabra sarcástica parecía sonar a de algún acto deshonesto que era preciso tapar.

Clara se estremeció.

—¿Qué dices?

—Ya sabes lo que digo.

—Tú no sabes si yo he hecho nada malo.

—Me la figura!

—Jim, estás perdido.

—Espera, no vayas a ser tú la que estás perdida. O me loees que esperas para casarte, o es que ya no tienes más remedio que casarte con él, y en seguida... Si es así, no te quiero ver más aquí... ¡Márchate!

La pobre Clara, la dulce mujer cuya alma luminosa era incapaz de un acto impuro, se echó a llorar... No podía resistir aquella imputación, aquella duda de que su hermano

pudiera creerla culpable de haber alquilado su dignidad femenina.

Jennie contemplaba a su amiga con compasión y a Jim con un rencor mal disimulado.

—¿A dónde voy a ir?—se quejó Clara.

—A donde has estado hasta ahora, que ya sabes el camino. Ya estás largándote de aquí. Ni tienes que hacer el equipaje, porque nada de lo que tienes aquí es tuyo. Te he comprado yo hasta el último trazo que llevas puesto y del dinero que ganas no tienes ni para tus alfileres. Como que ya estás tomando el portante. Tú te lo has buscado.

Soltando Clara amargamente, mientras Jim continuaba paseando por el comedor, agitado y frenético, y Jennie le miraba con una chispa de ironía.

—¿Y que le digas?—exclamó al fin Jennie—. Una abica que ha crecido junto a un hermano como el que tiene... acabará hecha una cualquiera en medio de la calle... ¿No es eso lo que tú piensas, Jim?

—Y no voy yo el que lo va a sentir.

—Yo sé que no. Pero, bueno, lo que puedes hacer es dejarla que se lleve su ropa.

—¿Su ropa? ¿Quién la ha pagado?

—Sí, pero, vamos... ¿De qué te va a servir a ti?... No te la vas a poner. Dásela para que ves que algún hombre la va a tratar como tú.

Sus ojos brillaban de malicia.

Jim, sin comprender, concedió:

—Bueno, que se lleve la ropa y que se largue...

Entró Clara en su habitación y se hizo un pequeño hazillo con sus ropas más indispensables.

No sentía tratada con tanta crueldad, con tanta injusticia, que no advertía ya a defenderse más... Su hermano, brutal y estúpido, no quería ponerle en razón.

Salió poco después encaminándose hacia la puerta. Jennie la detuvo con vivo movimiento.

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

to. Los ojos de la amiga flameaban de cólera.

—Oye, Clara, espera.

Se puso un sombrero y las guantes.

—¿Eh? ¿A dónde vas tú?—le dijo Jim, sorprendido.

Jim no pudo contener por más tiempo la impetuosidad que aquel cúmulo de maldades e injusticias fraguara en su alma, y le respondió gritando con toda la fuerza de su implacable ofendido:

—Con tu hermano, animal... Le has dicho

que es una perdida, ¿no es eso? Y todo ¿por qué? Porque ha llegado a casa a las cuatro de la mañana y tú sospechas donde ha estado... Pues bien, ya también estoy fuera de casa hasta las cuatro de la mañana, y tú sabes dónde... Me hago una idea de lo que pensarás de mí... ¡Basta el día del juicio por la tarde! ¡Vámonos, Clara!

Y abriendo la puerta dejó paso a su ángel y salió a continuación dejando a Jim aterrado por la sorpresa y por la explosión de un genio que no podía aguantar más.

\*\*\*

Jennie despertó suavemente a su amiga Clara que había dormido en su habitación.

Las ventanas abiertas dejaban penetrar a raudales el sol de oro de una hermosa mañana.

—¡Buenos días! ¿Qué va a demorar la señorita?

Clara es despierta con lentitud y preguntó con esa voz un poco apesadumada que parece surgir de las entrañas del sueño:

—¿Qué hora es?

—Cerca de las once. He telefonado a la tienda que estamos enfermos las dos.

—¿Ha venido Eddie?

—No.

—¿No ha venido?

—Todavía no. Pero ya vendrá. No te preocupes.

—¡Ojalá llegue pronto!

Saltó del lecho y se fué al cuarto contiguo a tomar su baño. Después, fresca y contrariada, volvió al encuentro de su amiga que estaba atareada arreglándose toda.

—Jennie, te agradezco mucho lo que hiciste por mí, de verdad.

—Hija, yo soy la que lo tengo que dar no gracias a tí... Me salvó la vida.

—¿Cómo?

Con su natural desparpajo y con aquella forma habitual en ella, agregó, contenta:

—Sí, mujer. Suponte que anoche un lo son tal como es, y dentro de tres meses me caso con él... Si después de estar unida a él para siempre, con el niño, con el juco y con el cura, me entro de la clase de persona que es, me ha huido. El, chico, me ha salvado

la vida, porque ahora a la mujer que le parte a su esposa le echan de un lachazo, la tiran a la silla eléctrica.

Clara se rió y Jennie volvió a comenzar las quicharras de su vida. Momentos después Clara le preguntó con la tenue preocupación que la embargaba:

—¿No ha venido Eddie todavía?

—No, pero no te extrañes, porque es lo natural. La mayor parte del tiempo se la pasa la mujer esperando.

—Voy a llamarle.

Y yendo al corredor tomó el teléfono.

—¿Quieres hacer el favor?... Columbus 6-2-4-7... Bien... ¿Es la casa de huéspedes de la señora Cork?... ¿Qué el señor Collins?... Collins... Eddie Collins... ¿Qué?... ¿Se ha mudado?... Pero si vivió anoche ahí... ¿Esta mañana?... ¡Muy bien! ¿No ha dicho a dónde se mudó?... ¿No?... Gracias.

Dejó el auricular. Una gran lividez cubrió su rostro, Jennie le preguntó:

—¿Qué pasa?... ¿Qué tiene?

—Me ha dejado plantada.

Estaba a punto de llorar, pero Jennie le animó con una sonrisa.

—Vamos, no seas tonta.

—¿Quiérense maridos?

Se sonó era apesadumada. Sus ojos tenían una luz de sufrimiento.

Jennie, sin perder su serenidad, la miró con decisión.

—Espera, que para eso siempre hay tiempo. ¡Llámate a la tienda... ¿No sabes el número?



## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—Schuyler, cuatro, sesenta y cinco, ochenta y tres.

Jennie repitió al teléfono.

—Schuyler, cuatro... seis... cinco... ocho... tres... y pronto, cariño, que hay fuego... Anda.

Puso el aparato en manos de Clara y ésta con voz temblorosa preguntó:

—¿Es la casa de radio del señor Lathrop?

Quisiera hablar con el señor Collins, por favor... Collins... Eddie Collins... ¿Deje de bromas?... Si está ahí, quisiera hablar con él... ¿Que quién soy?... Soy la chica con quien se va a casar... No, señor... No me da lo mismo casarme con usted...

—¿Quién es?—preguntó Jennie.

—Algun dependiente... Un fresco que está de guiso. ¡Oiga!... ¡Eh!... ¿cómo dice? ¿Que lo han despedido?... ¿Por qué?...

Escuchó algo terrible y luego miró a su amiga con espanto.

—Dios que lo han despedido por haber roñado en la caja...

A Jennie le pareció tan absurda aquella acusación que, sin alterarse, replicó:

—Pues... entonces, no te apures. Si lo han puesto en la calle, puedes estar segura de que vendrá a casarse contigo.

Se oyó el timbre de la puerta.

—¡Ahí lo tienes!—agregó Jennie—. ¿Ves como no había motivo para ponerte así?

—¿Y ya sin vestir!

Jennie franqueó la puerta. Era un agente de seguros que empezó un discurso sobre las ventajas de su negocio.

—No, señor—interrumpió Jennie, bruscamente—. No quiero asegurarme la vida. ¿Que usted lo pase bien!

Y cerrando bruscamente la puerta, volvió al comedor donde Clara la aguardaba ansiosa.

—¿Eso?

—No, hija. Un agente de seguros.

Clara estaba agitadaísima ante la espantosa noticia que le habían comunicado en la tien-

da y la extraña desaparición de Eddie de la casa de huéspedes.

—¿Qué vas a hacer?

—No te apures, mujer. No pienses mal. Si Eddie es solamente la mitad de lo que yo creo que es, no te dejará así. Ya la verás. Las mujeres nos ponemos siempre en lo peor... Vamos, haz el favor de poner una cara un poco más alegre... Hay en el día de tu boda, y no al de tu entierro. Ya vendrá. Habrá habido alguna equivocación.

—Sí, anoche... Eso fué la equivocación.

—Vamos, no seas tonta. Ya verás cómo viene.

—Tú no sabes cómo lo quiero.

—Bueno, puedes quererle todo lo que quieras y un poco más, pero eso no quita para que tengas una taza de café.

Y dejó la cafetera sobre una mesa en la que ya había el servicio de desayuno.

—No quiero café.

—No seas tonta.

—No quiero tomar nunca nada más.

Estaba a punto de llorar, era como una niña mimada a la que le faltaba su madre. Y como a una niña mimada la trató Jennie.

—Me parece muy bien. Anda, mujer. Un poquito de café con leche. Tú lo bebes sin sentir...

—No quiero nada...

—¡Ah! también estás ya buena. No seas así y bebe...

—¡No... no!...

Jennie no sabía qué hacer para consolarla. Llamaron suavemente a la puerta.

Corrió Jennie a abrir mientras Clara, ennegada en llanto, no se había dado cuenta de que ya había sonado el timbre.

Entró Eddie seguido de Jennie. El joven tenía una sonrisa alegre, de novia. Al ver a Clara con el rostro cubierto entre las manos, sollozando quedamente, murmuró:

—¿Quién se ha muerto aquí?

Se levantó ella con postrera y al ver al



hombre que amaba no pudo reprimir un grito de júbilo y corrió hacia él cayendo en sus brazos.

—¡Oh, Eddie!

—Pero, ¿qué pasa?

—¡Nada! ¡Nada!...

Jennie intervino:

—Mira, Eddie, hoy que te vas a casar, a lo primero que te debes ir acostumbrando es a las lágrimas de tu mujer...

—¡Por favor, Clara, no lloras más! He ido a buscarlo a tu casa y me han dicho que no estabas, y por eso he venido aquí.

—¡Llamé a tu casa y me dijeron que te habías mudado hoy mismo...

—Sí. He encontrado un cuarto mejor, en la misma calle, un poco más arriba...

Clara no estaba tranquila aún.

—Y me constataron de la tienda que te habían despedido por haber robado dinero de la caja.

—¿Eso te dijeron? Siempre están de bromas en la tienda. Es uno de los dependientes que tiene ganas de burlarse de mí. ¡No hagas caso, chiquilla! ¡Qué nada!

Ahora sí que Clara recobró la paz.

—Oh, Eddie, ¡qué feliz soy!

—¡Muy bien!

—Bueno, Clara, me alegro que estés ya tranquila—advirtió su compañera—. Ahora por lo menos te podrás desayunar.

—No tenemos tiempo de nada—dijo Eddie—. Comencemos luego en cualquier restorán del centro... Anda, recoge tus cosas, anda... Y luego por el camino, me contarás lo que te ocurrió con tu hermano.

—Sí... sí...

Se apresuró la muchachita mientras Jennie, barbotando, decía a Eddie:

—Te obedeceré como la voz de su amo... Oye, Eddie, ¿ya sabes el camino del juzgado?

—Creo que sí.

—No estará de más que te refresque la memoria. Mira, Tamas el tranvía hasta el Ayuntamiento.

—Sí.

—Te apena en la parada, tomas segundo y, después, a la vuelta, a la derecha. Después de las dos calles la de la derecha... ¿comprendes?

—Sí.

—Sígues la calle hasta que te en...

—No sé. Voy a tomar un taxi...

—Ya te diré dónde tienes que tomarlo.

—Bueno, pero aquí, ¿quién se va a casar? ¿Tú o yo?

Clara volvió junto a ellas.

—¡Hombre, Eddie, no la riñas. Lo que Jennie quiere es ayudarnos.

Eddie, un poquito burlón, miró a la amiga de su novia.

—¿Tú no estabas en Francia cuando la guerra, ¿verdad?

—No, ¿Por qué lo preguntas?

—Porque no sé cómo se las pudieran arreglar sin ti.

—¡Ah! Es que di todas las órdenes por teléfono.

—Ya estoy lista, Eddie—dijo Clara.

—¿Andad!

—¿No quieres venir a verlos mientras nos casamos, Jennie?

—No, eh. No me gustan las cosas tristes.

—¿Pues adiós!

Y salió la enamorada pareja, causino del Juzgado para ir a contraer matrimonio, mientras Jennie, sin preocuparle gran cosa el haber reñido con ella, al que nunca había tenido verdadero amor, sonreía satisfecha de que su amiguita hubiese encontrado al fin al verdadero compañero, ganancia de permanente felicidad.

\*\*\*

Clara y Eddie vivían una existencia encantadora. Eddie era un verdadero niño, amante de vivir, de felicidad... Y todo eso, Clara se lo proporcionaba con una abundancia generosa. Había perdido hasta un poco de su rudeza y tenía para sus atenciones y cuidados exquisitos. Clara había alcanzado su empleo cuidándose sólo de la casa.

Aquella noche, llegó Eddie a su hogar con un pequeño y elegante paquete. Vivían en una modesta habitación de una casa de huéspedes.

—¡Hola, cariño!—le dijo Clara besándole.

—¡Buenas noches!

Y con la timidez del niño grande puso apresuradamente en sus manos el paquete.

—¿Qué es esto?

—Pues... una caja de bombones.

Le destapó mostrando los bien alabreados y finos bombones de chocolate.

—¡Oh, Eddie!

El muchacho parecía emborizado de ese gesto de delicadeza, y mientras se lavaba las manos, le dijo:

—¿Sabes por qué los he comprado?

—Claro que sí. Porque me quieres mucho.

—Sí, pero...

—¿No me quieres?

—Ya sabes que sí...

—Por eso me los regalas.

—Y además por otra cosa, desmemorada. Hoy es como nuestro aniversario. Hace dos meses que nos casamos.

Clara sonrió. Su mirada, en la que parecía haber una ligera chispa de preocupación, le cambió cariñosamente.

—Gracias, Eddie. Eres un muchísimo ideal.

—Además te tengo que contar una cosa.

Clara... He encontrado un local estupendo. Mi jefe me va a prestar cien dólares y con los sesientos cincuenta míos, puedo hacer el contrato. Y me va a dar todos los aparatos que pueda para pagar a plazos... ¿Qué te parece?

—¿Magnífico!

—Naturalmente, tendremos que contar hasta el último centavo por una temporada. Pero después ya verás cómo todo sale bien... ¡Estoy más contenta!

—¿De verdad?

—Fíjate, he estado dos años soñando con tener mi tienda propia, y aunque no me gusta dar coba, ni nada de eso, podía haberme casado con una mujer peor que tú, mamá-nucha.

—¿Eddie, cómo te quieres!

Cambiaron un beso y Eddie saludó con su gesto favorito:

—¡Muy bien!

—¡Bravo, Eddie!

—Bueno, gesto al abrigo y el sombrero. Te voy a llevar a que veas el local.

—No puede ser, Eddie.

—¿Por qué no?

—Estoy esperando a Jennie. Me ha telefonado que viene en seguida.

Eddie hizo un gesto de desagrado. No le tenía demasiado simpatía a la amiga Jennie, criatura entremetida, bulliciosa, de esas que servían para armar a cada momento una revolución, mujer de carácter alegre e inquieta que contraponía con el tempera-

mento sereno, hasta un poco retraído, de Eddie.

—Bueno. ¿Y qué quiere?

—Pues... quiero consultarle una cosa.

—¿Qué?...

—Una cosa... Lo de la tienda, a ver qué le parecen...

Pero si Eddie hubiese sido más observador habría descubierto que algo se movía en el ánimo de la esposa.

Eddie se llevó las manos a la cabeza.

—Si no le gusta, nos va a dar un disgusto.

—Eddie, no quiero que seas así... Mira, Raman, ahí está. Por favor, no le digas nada. Clara franqueó la puerta a su amigo y entró riendo con su franqueza habitual.

—¡Hola, Clara!

—¿Cómo estás, Jennie?

—¿Tienes atado a la fiara?

Y rímicamente pasó su mirada por la habitación mirando a Eddie que la contemplaba con aire burlón y que le dijo:

—Creí que te habían llamado en Washington para que ayudaras al presidente a gobernar los Estados Unidos.

—No... Han mandado al presidente para que venga a verlos y que yo le diga...

Crispó los labios, no resistió a aquella muchacha burlona y dominadora.

—Te advierto que hoy está de buen humor —dijo Clara, sonriendo.

—Sí, ya se ve.

—Va a abrir pronto la tienda... en tienda.

—Sí, no hacen más que narrar tiendas de rafia, por miedo ya a la competencia que les vas a hacer...

Eddie no pudo aguantar por más tiempo.

—Me voy a la esquina a comprar un periódico, Clara. ¡Adiós!

Y salió precipitadamente mientras las dos mujeres se echaban a reír.

—¡Viel! ¡Séntate, Jennie!

—Tienes un cuerno encantador. Y unas lunetas muy cómodas.

—Ya lo creo... Te lo llamo porque tengo que decirte una cosa.

—Ya son las tres. Que le quieras mucho. Ya lo sé.

—Estoy loca, Jennie... Oyéme bien.

Y bajando las ojos, habló con emoción, sintiendo el rubor de todas las mujeres ante la primera vez que confiesan el divino milagro que se produce en su ser.

—¡Voy a tener un hijo!

—¡Oh, Clara!

Si fueras ya no fué burlona. El perfume maternal que hay en toda mujer, esenciado y dulce, llenó su alma.

—Tengo mucho miedo, mucho... —agregó Clara con la seriedad de la criatura protagonista de la más maravillosa de las ocasiones, con la inquietud de la muchachita que pers en gran casa no tiene a una madre a quien consultar...

—Pues no sé de qué te asustas... Mi marido tuvo ocho...

—Sí. Pero mi madre murió cuando me tuvo a mí...

Y su carne se estremeció agitada por un doloroso presentimiento.

—Las cosas han cambiado. Ahora los hospitales son mejores y los médicos saben más y todo. Hoy no tiene ninguna importancia... ¿Y qué dice Eddie a eso?

—Todavía no lo sabe.

—¿Y por qué no se los has dicho?

—Porque estoy tan entusiasmada con lo de la tienda... Se va a gastar todo lo que tiene. No sé qué hacer, Jennie... Estoy muy apurada. Por un lado si el poner la tienda le va a hacer feliz, quiero que la ponga.

—Clara...

—Pero, por otro lado, pensar lo que le pasó a mi madre... Solamente, si tuvieras la mejor de todas, ¿comprendes?... las mujeres médicas... ¿y con así?

Se le elevaba la honda preocupación de aquel trance, el presentimiento azaroso de que iba a dejar la vida en él...

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—¡Vamos, mujer! ¡Qué tonta eres! Diariamente hay millares de mujeres que se encuentran en tu caso... y no muere apenas una...

—¿Se me tocuse a mí!

Entretanto, mientras ellas hablaban, Eddie se había detenido en medio de la calle contemplando a unos niños que ante un puesto de helados disputaban arduamente.

—¡Mi helado! ¡Mi helado!—daba un chiquillo protestando contra otro muchacho.

A junta estuvieron los dos niños de pegarse mientras los demás muchachitos les azuzaban para ellos.

Eddie, sin darse cuenta, fué a poner paz entre ellos.

—¿Pero qué pasa aquí?

—Este que me ha quitado el helado. Lo pagué yo. Era mío.

—¡No, señor!... El dinero era mío.

—Bueno, no disputéis... Te compré otro. Ven...

—Compré uno a mí, señor.

—Y a mí.

—Para todos habrá, pero no griteis.

Eran varios chiquillos de la vecindad a quienes Eddie con la alegría del alma feliz quiso consolar.

Entregó un helado para cada uno de ellos. Se amontonaban junto a él pretendiendo ser los primeros.

—Uno para mí.

—Otro para mí.

—Para todos habrá. Pero... ¡Silencio!

Los niños podían saborear aquel helado y decir las gracias al generoso amigo que experimentaba un ansio de hacer el bien... como un anhelo de paternidad futura.

Bien ajeno estaba a la lucha de la convicción que con ese gesto, estando de las confidencias femeninas sostenían Clara y Jennie.

Jennie reconocía a su amiga:

—¡Apurita. Este chico con quien te has casado es bueno hasta dejarlo de sobra. Esta

noche se lo dices. Ya verás... Y yo no entiendo una palabra de esto, o mañana se pasa el día parado en la calle hasta a la gente que no conoce para decirlo.

—¿Tú crees?

—¡Y tanto! Todos los hombres son iguales. Se ponen tan huecos como si hubieran hecho algo.

—Me gustaría que lo mirara así.

—No te preocupes.

—Yo no sé. Como se pasa la vida pensando de los que viven en una casa de vecindad y tienen hijos sin tener lo suficiente para darles todo lo que necesitan...

—¡Hija, si que él hubiese nacido en un palacio.

—Sus padres vivían en la miseria. Por eso piensa él así. ¡Ahí viene! No le digas nada.

Entró Eddie y al ver aún a Jennie pareció sorprenderse desagradablemente.

—¿Estás aquí todavía?

—No. Ya no.

Y se levantó dispuesta a salir.

—¿No has comprado el periódico?—le preguntó Clara.

—No. No traía nada de particular.

—La ha dejado para mañana a ver si trae mejores crímenes—murmuró Jennie, gozando en hacerle rabiar.

—¡Ah! ¡Aaaaah! ¡Qué mujer!

—¿Qué hombre! Y oye, ven acá, que te atreiga esa burbata—continuó—. La llevas hecha un chorro.

—¡Está bien! No te importa.

—Como tú eres el único que no la tienes que ver, te parece bien.

—No sé cómo puedes tener una amiga como ésta, Clara. Es lo más loco que he conocido.

—¡Levanta la barbilla!

—¡Aaaaah!

—¡Está bien! Así estás más presentable. Y ahora adios... Y tú sébete, Clara, dilo eso...

Eddie, que se hallaba ante el aparato de



radio que se había construido él mismo, preguntó con interés:

—¿Qué es?

Clara entreciñó.

—No hagas caso. No es nada.

—Di que sí —insistió Jenny—, que tiene un secreto para ti.

—¡Ah!, ¿sí?... ¿Tiene un secreto para mí y tú lo sabes?... Por lo visto tienes tú que saberlo antes que yo... No está mal.

—Clara, hombre. Adiós, preciosa.

—Te verá mañana —dijo Clara con cierto temor.

—Bien. ¡Y adios, guáñal!

—¡Adios, puma!

Cuando Jennie salió, Eddie se volvió embobado.

—¿Pero ¿y cuál es ese secreto que me tienes tan callado?

—No sé si te va a gustar o no.

—¿Hay estoy tan contento con lo de la tienda, que, sea lo que sea, me va a parecer bien.

Clara, que estaba dispuesta a anunciar a su marido la dulce y buena nueva, la maravillosa emancipación, volvió a sentir temor... ¡Oh, precisamente Eddie había dicho que era preciso ahorrar, no gastar apenas dinero, pues ahora con la nueva tienda de radio iba a tener un gasto excesivo!... ¿No se disgustaría cuando conociese la verdad, cuando supiera que iba a tener un hijo, cuando le comunicara ella su temor de tener que ir a una clínica barata para aquel tranco, cuando le indicara su deseo de que llegara el momento fuese uno de los mejores médicos quien la visitase?... Todas estas consideraciones posieron como una barrera de obstáculos ante ella que le impedían confesar la verdad.

Era mejor esperar; aun faltaba tiempo para que se conocieran los síntomas de su estado... Y otra idea fija se clavó en su imaginación... Quería trabajar, ganar dinero, contribuir a los gastos para que, cuando fuese

ocasión, él le permitiera utilizar los servicios de un gran doctor.

—Buena ¿me vas a decir de una vez qué secreto es ese?— insistió el marido.

Clara, angustiada, habló:

—Mira, quiero volver a trabajar.

Eddie la escuchó con extrañeza.

—¿A trabajar?

—Sí.

—Pero, ¿tú te crees que voy a dejar que mi mujer trabaje?

—No es nada malo.

—Aquí no trabaja nadie más que yo, ¿te enteras? ¿Por qué quieres ir a trabajar?

—Porque... Bueno, porque estar sola en casa todo el día...

—¿Por qué no sales o te vas al cine?

—Como hoy dijiste que de hoy en adelante voy que mirar hasta el último centavo...

—No quise decir tanto. Mas ¿ya comprendes? A ti lo que no te gusta es vivir en una sola habitación, ¿verdad?

—¡No! ¿Por qué?... Claro que me gustaría tener una casita, con muchas ventanas, ¿No comprendes, Eddie?... Tú podrías tener la tienda la misma, y con lo que yo gane...

—¿Pero tú crees que yo iba a tomar el dinero que tú ganas?

La mirada ofendida por aquella conversación que era absurda. ¿Se había vuelto loco? ¿A qué aquella proposición tan necia?

—No sé qué tiene de particular—dijo ella con sencillez.

—Para mí sí tiene. Lo que debo hacer es mi marido se cuidar que a su mujer no le falte nada. Si no, no es su marido... ¿Tú trabajando todo el día y yo tomando el dinero, a dejándote comprar algo con él que yo debo comprar?... Oye, yo no soy de esos.

Y su gesto fue tan sobrio y digno que Clara se sintió amilanada, vencida, sin querer insistir.

—No creí que te llas a enfadar.



## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—No me enfada. Pero me has dado el día. Hace dos meses que nos casamos, tenía yo la tienda apañada y toda... He venido dando saltos de alegría por la vida. Y ahora... me has quitado la ilusión... ¡Yo creí que estabas tan contenta!

Ella lo acarició con ternura.

—No, si estoy muy contenta. Todo está perfectísimamente. Vamos a no hablar más de eso.

—De seguro que ha sido Jennie quien te ha metido esa ocupididad en la cabeza.

—No... no... No ha sido ella... Vamos a no hablar más de eso... Tú estás satisfecho con la tienda y te haces feliz y esto es lo único que a mí me interesa: que seas dichoso.

—Mira, aquí el marido soy yo, y yo soy quien te tiene que hacer feliz a ti. Si un marido no sirve para eso, no sirve para nada. Oye, le dije al dueño del local que me esperara esta noche. No me decida en la del letrero luminoso... No sé qué estará mejor: "Eddie Collins" o "Eduardo Collins"... Me parece que Eddie está mejor para un bar

o unos billares. No, no tiene posita para una tienda de radio... Bueno, me voy, pero vuelvo antes de veinte minutos... Y te advierto que algo creyendo que ha sido Jennie la que te ha metido esa idea en la cabeza. Ya la arreglaré.

—No, Eddie, estás equivocado.

—Es ella... No me lo niegues. Hasta pronto, Clara.

Y dándole un beso, salió del puesto, mientras Clara se lamentaba en silencio de no haber tenido bastante valor para confesar a su marido el verdadero secreto, un secreto que fuertemente él había de saber más tarde...

Pero al propio tiempo experimentó hacia él una nueva oleada de ternura, al verlo tan bueno, tan caballeroso, al no permitir ni siquiera la idea de que ella, para contribuir a los gastos de la casa, pudiera trabajar. Le había dicho con frase retunda: "Lo que debe hacer un marido es cuidar que a su mujer no le falte nada". Y esa frase pareció encerrar para Clara un bálsamo de esperanza.



—¿Por qué llevan los vestidos tan cortados?



—Me parece que no le he caído a usted en gracia.



—Gracias, Clara.



—No sabía qué hora era...



—Ya estás largándote de aquí.



—¿No quieres venir a vernos mientras nos casamos, Jennie?



—No sé cómo puedes tener una amiga como ésta, Clara.



—¡Nada! Que va a tener un hijo.





—Ya sabes que te ha dicho el médico que no debes hacer ningún trabajo fuerte.



Eran un boxeador y un pelele.



—Me ha faltado tiempo para venir antes, te lo aseguro.



Y fue mi la emoción de aquella nueva, que se desmayó.



—¡Mire qué globo le traigo para que esté contento de su padre!



—Muchas gracias.



—Hola, guapa! ¿Cómo estás?



—Está bien. ¡Míralo qué bonito!

\* \* \*

Edith siguió atribuyendo la petición de su esposa al deseo de poder ganar más dinero a fin de tener un piso mejor. Comprendiendo que su obligación de marido era el hacer amable la vida a la mujer, daría todas las ventajas incompatibles con su estado económico, se dispuso, con el mayor secreto, a hacer las preparaciones para satisfacer aquel anhelo que daría una mayor felicidad a Clara.

Bajo el barniz de benevolencia, de rancura con que a veces revestía su carácter, había un tesoro de estimación, de generosidad. Pero era de esos hombres modestos que procuran ocultar la grandeza de su corazón y resistan las masas sin darlos demasiada importancia.

Amaba a Clara con verdadera locura, con un amor inmenso que no le había manifestado aún por esa tímida sencillez de algunos almas que no gustan de indicar sus sentimientos. Tenía para su esposa ternuras, cuidados, atenciones deliciosas, pero aún la amaba mucho más que la que la misma Clara hubiera podido imaginarse.

Ella era la compañía, el ideal, el estímulo y la veneración. Antes, su vida se reducía a límites más estrechos, más sencillos; vivía para él exclusivamente; hoy había vuelto a encontrar el gusto a muchas cosas que le parecieran monótonas, y la existencia, pintada antes de un solo tono gris en que sólo se veía en cuando se destacaban el color rojo de la emoción, adquiría tonalidades agradables, facetas variadas y armonizadas con diferentes colores.

Aquella noche Edith paseaba con nervio-

sa impaciencia por la acera de una amplia avenida, junto a una casa de regular aspecto, y varios hombres desembarcaban mujeres de un camión y las entraban rápidamente en el portal, bajo la vigilancia de Edith para que todo se realizase con cuidado.

Consultaba el reloj y ya iba a entrar definitivamente en la casa cuando vió venir, apresurada y un poco fatigada, a su amiga Jennie.

—Ya creí que no venías—le reprochó.

—Tuve que hacer, chico. Pero ¿por qué se te ha ocurrido citarnos a la puerta de esta casa?

—Porque nos mudamos a esta casa Clara y yo.

—¿Que es mudarse aquí?

—Sí. No pienses en nada. He comprado muebles nuevos y todo. Por eso te he avisado que vinieras. Tú me puedes ayudar a colocarlos todo en su sitio. Como siempre te estás metiendo en lo que no te importa y vas a acabar disponiendo, mejor es que lo hagas desde el principio.

El no entendía demasiado del buen gusto de una casa y así, aunque le fastidiara Jennie por su carácter entrometido, la necesitaba para que con su intuición femenina colocase las cosas con ese "savoir faire" característico de las mujeres.

Jennie estaba acostumbrada.

—Pero... ¿es verdad que se mudan a esta casa?

—Sí. Clara me dijo en lenguaje secreto.



La amiga comprendía cada vez un poquito menos.

—¿Y qué tiene eso que ver para que te mudes y gastes dinero?

—Como se aburría en aquella casa, y quería volver a trabajar... pues por eso me decidí a venir aquí.

Se dio cuenta Jennie de que el muchacho ignoraba la realidad. Clara por un minuto aburrido, por una timidez extraordinaria, no había querido aún confesar su estado.

—Oye... ¿Es ese el secreto que te dije?

—Eee. Vi que lo que quería era vivir en otra parte, con mejores muebles.

—¿Ay, Dios mío! ¿Y qué te has gastado en todo esto?

Y señaló los muebles que los operarios entraban en la casa, muebles finos, confortables, que daban una sensación de comodidad y elegancia.

—Pues... hasta el último céntimo.

—¿Es posible?

—Sí... sí. Es un piso magnífico, ya verás. Hay ya muchos muebles arriba. Lo he comprado todo nuevo, desde el salón al último plato.

Jennie movió la cabeza con disgusto.

—Sí... pero, ¿y lo de tu tienda?

Todo cocinado, Eddie, habló con sencillez:

—Mira. Pensé que un noche bien hacerla pasar privaciones y vivir mal por el gusto de tener una tienda.

—¿Y vas y te gastas todos tus ahorros?

—¿Qué iba a hacer? Clara se lo merecía todo. Es un encanto de criatura.

Jennie tenía que reprimirse para que no la venciera la emoción. Aquel generoso sacrificio, aquel renunciar a sus aspiraciones de dueña para que la esposa pudiera vivir con mayor comodidad, aquel atender una petición que en realidad no creía posible hubiese hecho Clara, la conmovió.

—¿Qué tienes? Pareces disgustada—murmuró él.

—Me echaría a llorar en este momento.

—¿Por qué?

—No lo puedes comprender.

—Anda, entra. No has visto nada más que los muebles del salón que he comprado. Primero te enseñaré el dormitorio. Una cama estupenda y sábanas y fundas y colchones y todo. Y la cocina... Vas a ver muchas cosas...

Entraron en la casa y Jennie fué admirando las distintas estancias de un piso claro, bien decorado, sin grandes lujos, pero con las suficientes comodidades para vivir bien, como la vivienda de una familia burguesa.

Eddie, maravillado por aquella sorpresa que iba a dar a su esposa que ignoraba por completo lo hecho, explicó:

—Lo voy a inaugurar con una fiesta estupenda. Mira, le voy a decir a Clara que nuestros amigos Dick y Peggy tienen un nuevo piso y van a dar una fiesta para estrenarla y nos han invitado. He convidado a unos cuantos amigos míos y mis esposas y ya se están en papel. Va a ser gracioso, ya lo verás.

Jennie le oía distraída. ¿Por qué Clara no le había confiado todo? ¿Por qué no había dicho que iba a tener un hijo? ¡Ah!, en el momento en que le sería más necesario que nunca el dinero o el éxito de un negocio que le permitiera pagar ganancias, se gastaba Eddie sus ahorros en algo superficial como un piso lujoso y espléndido... A pesar de lo atractivo, de lo alegre de todo el mobiliario, no sabía demostrar ella su contentamiento.

—¿Verás qué estupenda fiesta!—insistió él.

—Me lo figura.

—Y como hombre final, le voy a decir: "Bueno, niña, ¿qué te parece tu nueva casa?". ¿Qué opinas de mi idea?

—Ya no sé.

—¡Ah! Porque no se te ha ocurrido a ti, ¿verdad? Por eso no te entusiasma.

De pronto Jennie sonrió, y señalando uno de los sillones del salón, dijo nerviosa:

M A R I O Y M U J E R

—Espera... espera... No pongas la butaca a ese lado del sofá.

—Pues este es el sitio que le corresponde.

—No, señor. Su sitio es ese otro... ¿No tienes sentido de la simetría?

Y a pesar de las protestas de él, cambió de puesto el sillón colocándolo frente al sofá.

—Ahí es más bonito y más estética.

—Sea como tú quieras. El caso es que siempre te has de medir con lo que hacen los demás... No hay manera.

—No discutasme, hijo, y algunas veces otras habitaciones.

Y olvidando la preocupación que al principio la había embargado, volvió a dejar sentir el peso de su autoridad y dispuso y combió de sitio varios muebles hasta dejarlo todo a su juicio, convertida en un pícaro perfecto. Aunque refunfuñando, Eddie dejaba hacer, convencido al fin y al cabo de que en las cosas el criterio femenino es, en cuanto a distribución y gusto, el más exquisito y acertado. Además, él no tenía experiencia de esas cosas... Y le agradecía a Jennie, mujer al fin, que lo arreglase todo para el gusto de otra mujer...

\*\*\*

Las cosas iban a ocurrir tal como Eddie había dispuesto. Todos los invitados conocían perfectamente su papel.

Erán varios amigos de Eddie que con sus respectivas esposas o novias se divertían de lo lindo en la inauguración oficial de aquel piso que figuraba ser de Peggy y Dick, que relan complacidos de su efímero papel de dueños de la casa.

Se hablaba casi sin parar, Jennie, que había accedido a ser cómplice de la dulce conspiración, que admiraba a Eddie por el trabajo de tormenta de esta raparita varonil, estaba allí desde primera hora, dirigiéndolo todo para que no faltase ningún detalle a fin de dar una visión de absoluta realidad a aquella farsa amable como un cuento de abril.

Clara y Eddie no podían tardar, y Jennie preside en la recepción de su amiga cuando conociese la verdad.

Los invitados comenzaban a sentir hambre y sed y pretendían tomar por asalto las fuentes de dulces y beber las tisanas de agradable frescor. Algunos más atrevidos comenzaban a merodear.

—¡Uh, eh, que nadie toque nada!—dijo Jennie—. Esperaos a que estén aquí.

—¡Ten compasión de mí!—dijo un muchacho—. No he podido por llegar a tiempo.

—Hay que aguardar... Pero, Peggy, por favor, no os bebáis tan pronto todo el ponche... ¡Paciencia! ¡Oh!, ¿quién es?... ¡Llamen... Ahí está ya... Ahora, ya sabéis... Tó, Dick, avisádate que ésta es tu casa. Éres nuestro anfitrión.

Dick era un buen muchacho que había se-

cedido de mil suores a la realización de aquella comedieta.

—Entonces, me voy a quitar la chaqueta y el corbata. En casa como en casa...

—¡No, no! Eso no tiene gracia—le indicó Peggy—. Debes mostrarte digno, respetable.

—Tienes razón. Y vosotros, amigos míos, a obedecer con mucha dignidad. No os olvidéis que estáis en la casa de un rico potentado.

—¡Qué más quisieras tú!

—¡A callar!—ordenó Jennie—. Ahí la puerta, Peggy. Anda.

Momentos de emoción. Peggy fué al recibidor y abrió. Aparecieron Clara y Eddie. Este, sonriente; ella, un poco pálida y sin poder sacar siquiera en la sorpresa que le aguardaba.

—¡Adelante! ¡Adelante! ¡Hola, Clara!—dijo Peggy, abrazando a su amiga—. ¡Hola, Eddie!

—¡Buenas noches, Peggy!... No sabía que os habíais mudado—indicó Clara.

—Sí. Estamos haciendo una reforma en esta casa. Me encontré a Eddie y se lo dije. Pero pasad, pasad. Para inaugurar nuestro nido damos una reunión. Algo íntimo, sin importancia.

Entraron los tres en la sala donde se hallaban todos los invitados. Susriendo cariñosamente todos los invitados con Dick y Jennie a la cabeza fueron a saludar al matrimonio.

Todo era juventud, alegría y optimismo. Clara admiraba los muebles de aquella habitación bien decorada y risueña y este-

chaba las manos de todos sus amigos. Eddie, disimulando a la perfección, se mostraba atento con todo el mundo y humilde como una invitado más.

—¡Hola, Jennie!—dijo Clara—. No te había visto aún.

—¡Hola, Clara!

—¿Qué tal, Jennie?—dijo Eddie, riendo.

—¡Hola, cascarrubias!

Varios muchachos no habían podido resistir ya más la abstención de la bebida y refrescaban sus gargantas con los helados. Otros ballaban, mientras Clara parecía un poco aturrida en aquel alegre desahogo.

—¿Quieres una copita, Clara?—le dijo uno de los amigos.

—No, muchas gracias... Pero, Peggy, amiga mía, ¿qué cuento de casa! A Dick se le debe haber muerto algún tío millonario... Si pareciera aquí unos grandes edificios...

Eddie había estado fijándose en esa mujer, en la impresión de sorpresa que ella experimentaba. Riacho, satisfecho de aquellas últimas frases, cogió por el brazo a su esposa y le dijo:

—Anda, pero todavía no has visto nada. Es precioso. Ven, que te voy a enseñar la cocina.

Y le empujó suavemente hacia una puerta lateral.

—¡Pero qué atrevido eres!—dijo Clara, riendo—. ¿No has visto, Peggy? Se ha creído que ésta es su casa.

—Como si lo fuera.

Todos se echaron a reír mientras Eddie con un gesto pícaro empujaba de nuevo a su esposa hacia el departamento de la cocina.

Estraron los dos en una estancia de paredes blancas, donde todo relucía limpio y moderno. Una cocina que daba una sensación agradable, cocina sin estrechar aún, llamante, con un de esplendor.

Clara estaba maravillada. Acostumbrada al plato que antes tenía Peggy y Dick, modesto

matrimonio que vivía de su trabajo, no podía comprender aquel cambio extraordinario, aquella esplendorosa fuerza de luz.

Contemplándose Eddie en ello, recreándose en la admiración de su esposa como el padre que se maravilla viendo la sorpresa de su hijo ante fantásticos juguetes, le fué mostrando los armarios, las estanterías, la vajilla.

—Mira, mira... ese armario con las copas y las tazas y todo... Y mira esos cacharros para guardar la sal, y la pimienta, y las especias. Dónde dice "Sal" ponse la sal y donde dice "Pimienta" ponse pimienta.

—Es precioso todo, ¿verdad? ¡Mira qué mesa más buena!

—Díce si que la vende que es una mesa para el desayuno...

Clara guardó silencio unos momentos y al cabo añadió:

—¿Tú crees que podremos tener algún día una casa como ésta?

Eddie acarició aquellas manos de seda.

—Te gustaría vivir aquí, ¿verdad?

—¡Figúrate! Si pudiéramos poseerla...

—¿Y por qué no?

Y a punto estaba de confesarle todo, de destruir el dulce engaño, de decirle que todo era para ella. Pero se contentó con un deseo de saber más el dulce placer de aquella ignorancia.

—Hombré, por ahora, todavía no—repuso Clara.

—Buena, pero ¿por qué no?

—Porque hasta que arregles lo de la tienda...

Turhóse un poco, pero, resolviéndose inmediatamente, dijo:

—¡Ah, sí! Es verdad. Ya no me acordaba. Ven, que te voy a quedar bien cuando vengas el comedor y el dormitorio.

—Pero, niño, ¿qué dirá Peggy? Parece como si mandase a...

—No te preocupes. Somos muy amigos. Hay bastante confianza.



## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—Pero me parecen...

—¿Quieres callar, vida?

Visitaron el comedor, simpática estancia de muebles claros. Luego entraron en un dormitorio de lujosa presencia. La cama amplia, de caoba, un armario de lana, dos mesitas, unas boticas de piel, un linó recordador, una gran alfombra.

—Mira, vete fijando en todo esto—decía Eddie mirando en los ojos de su esposa las transacciones que le hacía experimentar la sorpresa.

—¿Qué bonito es! ¡Es un encanto!

Y mentalmente lo comparaba con el durísimo que ellos tenían, pero que algún día hablaría de cambiar.

—Mira...—prosiguió Eddie—. Esto es una casa, y lo demás son tonterías... No hay una cama mejor, para que te enteres... Sesenta y cinco dólares.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Ah!... Pues... Dick me lo ha dicho. Ven, siéntate... No tengas miedo. ¿No es una cama de una vez? Siéntate un poco... Así, conmigo... ¿Qué dices?... Se paró al estre en que dormían, ¿eh?

Y acariciaba la colcha de damasco con la satisfacción de verdadero dueño.

—¡Es precioso! ¡Precioso!—repetía.

Ella se levantó.

—Nunca te he visto tan entusiasmado. Vamos, que te ha gustado la casa.

—¡Mucho... ¡Y a ti?

—Una preciosidad.

—Pues ven a ver ahora... Te voy a enseñar otra cosa.

—¿Aun más?

Fueron a una terraza desde donde se divisaba el maravilloso panorama de la ciudad.

—¡Es estupendo!—exclamó, realmente admirada.

—Te gusta, ¿eh? Ya te lo decía yo. ¡Un encanto!... Mira allí los puentes... y todo Nueva York pura elegancia... Mira cuántas luces, y las estrellas y el río...

Clara siguió contemplando la inmensa ciudad casi a sus pies desde lo alto de aquella casa donde parecía uno estar más cerca de las estrellas que de la urbe.

Levantó los ojos, contempló el arsenal de luces de plata y oro.

—¡Cuántas estrellas!

—Todas son de verdad. ¿Te gusta todo de veros?

—Me encanta. Me alegro mucho por Peggy y por Dick.

—¡Muy bien! Celebro que estés contenta. Yo también lo estoy tanto como tú... Y bueno, vamos para adentro...

Regresaron al salón donde los invitados seguían conversando y bailando, pasando la velada agradablemente.

Al volver les miraron con curiosidad preguntándose si ya todo estaba descubierto. Pero no, los ojos de Clara experimentaban la misma ingenuidad, la misma confianza que antes.

—Peggy—dijo Clara—, es el piso más bonito que he visto en mi vida.

—Me alegro de que te guste.

—Es una preciosidad.

Consideró Eddie que había llegado el gran momento y, con senilica enantidura, dijo:

—Pues ahora vas a ver... Siéntate.

Clara, un poco sorprendida, obedeció... Pasó Eddie su mirada por todos sus amigos y luego contemplando a su esposa con veneración, habló:

—Ahí va. ¿Ves este piso?... ¡Pues es tuyo!

Los ojos de Clara resplandecieron inquietos.

—¿Mía?

—Como la oyes.

Había un gran silencio. Nadie osaba moverse siquiera para no turbar la maravillosa confesión.

—Pero, ¿qué estás diciendo?

Y Clara contemplaba a su marido y a los amigos así con espanto.



—Sí, mujer. Te digo la verdad. Aquí es donde vamos a vivir. Lo he comprado todo para ti.

—¿Que lo has comprado?

—Sí, Clara... ¿Te acuerdas de aquel secreto que tenías cuando quisiste ir a trabajar?... Lo pensé mucho y vi que no estabas contenta de vivir como viejas... y aquí tienes mi modestación.

Y señalaba alegremente la casa mientras Clara se esforzaba a definir la realidad y parecía hallarse bajo los efectos de un éxtasis.

—Bueno, pero, ¿y tu tienda?

—Aquí está.

Y señaló el mobiliario.

La voz de Clara tembló:

—¿Te has gustado tus ahorros en todo esto?

—Sí.

—¿Quieres decir... todo tu dinero?

—Y no delicias ni un centimo. Todo al contado... Bueno... ¿que dices nada?

—No sé.

Había inclinado la cabeza y de haber estado a solas se habría puesto a llorar. ¡Qué locura! ¡Qué necia había sido al no confiar a su marido su verdadero secreto, al no decirle que un hijo latía ya en sus entrañas y que era preciso ahorrar para el nuevo ser que iba a nacer!

¡Gastarlo todo; quedarse sin un céntimo, renunciar a la idea de la tienda, en aras de un sueño que ella no había querido jamás!... Aquella prueba de amor que de una manera tan generosa, tan noble y tan osada al propio tiempo le había dado su marido, la entrecerraba profundamente. A punto estuvo de abandonar, de juntar sus labios con los suyos, de murmurar después mientras el viento le mecía las mejillas: "¿Por qué hiciste esto, mi hijo?" ¿Por qué gastaste todo cuanto tenías para darme esta prueba de inmenso amor? ¿Si yo nunca te lo pedí? Si yo me conformaba con mi cuartito, con mi vida humilde, con traer a mi lado; si yo hubiera

querido que tú inauguraras tu negocio y guardaras algún dinero para ese hijo nuestro que vamos a tener, para ese hijo de tu sangre y la mía, si que tú amarías como amo yo. ¿Por qué, Eddie, por qué hiciste eso?"...

Quedó silenciosa, y todos observaron como en vez de alegrarse estaba melancólica y afligida. ¡Comprar aquello tan superfluo cuando necesitabas tantas otras cosas! ¡Y comprarlo por amor a él, por haber creído que no era feliz con su modestia!...

Eddie interrumpió su meditación:

—Pero, Clara, no parece que te hayas vuelto loca de contento...

Jeanie acudió en su auxilio.

—Claro, hombre. Está sorprendida. ¿Tú crees que una cosa así le cabe a una de pronto en la cabeza?

—¿Pero tú lo sabías? — preguntó la esposa.

—Sí. Le ayudé a ponerlo todo en su sitio.

Clara le envolvió en una mirada de reproche.

—¿Por qué le dejaste que se gastase el dinero?

—Yo, hijita...

Eddie movió la cabeza contrariado. Se daba perfecta cuenta de que Clara no estaba muy satisfecha por la adquisición. Cuando él había esperado una expresión de júbilo, se encontraba con la frialdad del desconcierto.

Todos sus amigos se habían dado igualmente cuenta de lo sucedido y Eddie quiso adelantarse a las comentarios.

—Bueno, señoras... Tanto tiene todo el aire de un fracaso.

Clara reaccionó. Era preciso evitar que él comprendiera lo que sucedía en su alma.

—No, no, Eddie. Es preciso. Ha sido la sorpresa... Pero me encanta el plan... Es el mejor marido que puede haber.

El acento de un mozo formado como el no le convencieron los palabras de Clara. Saludó con su modo habitual.

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—¡Muy bien!

Jennie intervino, conciliadora.

—Se preocupa por ti, ¿comprendes, Eddie? Estaba muy contenta con que arreglaras lo de la tienda, y no quería que te gastaras el dinero en otra cosa...

Esa opinión fue apoyada por todos.

—¡Claro!

—¡Esa es natural!

—¡Es lógico!

La sonrisa de Clara se renovó adquiriendo un aire de paz. Miró a sus amigos agradeciéndales una frasca y luego dijo a Eddie:

—Es por eso, mi bien, sólo por eso. De ahora sabes tú que me encanta este pósito. ¿No te lo dije antes?... Pero no tenía que gastarte el dinero por mí. Yo ya estaba contenta con aquello... ¿Por qué has hecho eso?

Ya Eddie dejó a un lado su contrariedad. ¡Adoraba a su mujercita! Estaba triste porque podía no merecer lo que él le daba. Era aquella una prueba de generosidades, de desprendimientos.

—Para cien años que ha de vivir uno, hay que disfrutar y no prisarse de nada...

—¡Esa es la verdad!—dijo uno de los amigos—. Hay que vivir bien, mientras se pueda... ¿Cuándo me acuerdo de cómo vivían mis padres?... En vista de que no tenían con qué mantenerse ellos, echaron al mundo nueve hijos.

Eddie, sonriente, habló:

—Mi madre también fregaba los platos en unas oficinas. Todavía me acuerdo de cuando la vió salir, antes de amanecer, a veinte bajo cero, con una tin que le rompió el pecho... Y todo, ¿para qué?... Para tener un par de hijos y morir. Morirse antes de tener ninguna comodidad. Yo no quiero esa vida para Clara. Cada céntimo que yo gane, será para disfrutarla.

Aquellas palabras, sin querer, hacían daño a Clara. Visto en ellas cierta tendenciosa, ya comprendida varias veces, cuando censuraba con dureza, como si fuera un crimen, a las fami-

lias modestas cargadas de prole... Y ella sentía latir en sus entrañas un nuevo ser. ¿Cómo se tomaría esa nueva? ¿Qué diría cuando comenzasen los gastos inevitables, las preocupaciones, las molestias, las inquietudes? Eso era una llama en que se quemaba su corazón.

Una de las muchachas corroboró:

—La mejor es divertirse y nada de hijos... Yo estoy recurrida. Mi hermana murió cuando tuvo el primero.

No pudo acabar. Clara dió un grito, un chillido, y recorrió todo su cuerpo un estremecimiento nervioso. Toda ella vibraba. La excitación de aquel cúmulo de emociones llegaba al máximo con aquellas palabras imprudentes que ponían ante sus ojos lo que constituía ya en ella una obsesión: que pudiera morir cuando naciera su hijo.

—¡Callatel! ¡Callaos todos! ¡No quiero oír hablar! ¡Callaos!

Estaba descomulgada; se agitaba febril como una loca. Todos la contemplaron con espanto mientras Eddie, perplejado ante aquel extraño proceder, intentaba coimarla.

—¡Clara!—dijo Jennie, dolosamente, comprendiendo su situación.

—¡Que se callen todos! ¡Que se callen!

—¡Clara! ¡Clarita!

Y la amiga buena la acariciaba con ternura disculpándola con un gesto.

—Pero, ¿qué le pasa?—preguntó Eddie.

Jennie no quiso disimular más.

—¡Nada! Que va a tener un hijo.

—¿Un hijo?

Eddie se volvió helado. La sorpresa, la emoción, el divino descubrimiento le entumecían, le parecían llevarle fuera de la realidad.

Las amigas rodeaban a Clara que había podido romper a llorar tras la crisis nerviosa que le causaba su estado especial.

—¡Por Dios, Clara!—le dijo uno de las muchachas.—No te asijas. Eso no tiene importancia.

—Está un poco nerviosa nada más.

M A R I D O Y M U J E R

—No hemos debido hablar de estas cosas—  
indicó un amigo.

—Peggy me lo dijo—admiró Dick—, pero  
me me acordaba ya...

Eddie reaccionó de su sorpresa y, mirando  
piadosamente a todos, exclamó:

—Bueno, por lo visto, lo sabéis todo Nueva  
York, menos el único internado.

Y entre las risas de las muchachas, se  
entrecó a Clara que ya parecía más asustada y

tierna y la besó con un beso de reconoci-  
miento, de alegría y de lealtad.

Iba a ser padre, iba a tener un hijo, una  
vida, producto de la vida de él y de Clara...  
Ya no pensaba en nada más. Ni en el piso,  
ni en la tienda, ni en la pobreza... Iba a ser  
padre y este título maravilloso parecía trans-  
portarlo a la puerta del paraíso... Y sus ma-  
nos acariciaban las de Clara, manos de fieltro  
juvenil...

\*\*\*

Días, semanas, meses... Se acercaba el gran momento, el divino instante en que por primera vez iban a experimentar los puros de la paternidad. Eddie, siempre un poco reservado en la explosión de sus generosidades, de sus sentimientos, ocultaba a su mujer el ansia divino en que se consumía su corazón... Y Clara, a medida que se acercaba el acontecimiento, se sentía atormentada cada vez con más vivere por una inquietud que guardaba muy adentro del alma... Pensaba en su madre muerta al haber ella... ¿Le ocurriría a ella lo mismo? ¡Oh, esos hospitales baratos donde tendría que ir! ¡Si al menos pudiera ser atendida por un gran médico!

Tenía miedo a aquel trance, un miedo a ser esperada por manos que no fueran las de un cirujano experimentado. Miedo por ella y por la vida del hijito... Un presentimiento doloroso le decía que habían de morir los dos.

Vivían en la nueva y lujosa casa, cuya limpieza requería bastante tiempo. Clara había de realizar estas labores, pero algunas veces Eddie, por las mañanas, aprovechando que ella estaba en el mercado, atendía a los diferentes coque del hogar deseando aliviar de faena a la esposa.

Aquella mañana Eddie con una paciencia admirable limpiaba con jabón las grandes cristales de la cocina.

En esta labor le sorprendió Clara y se estremeció.

—Pero, hombre, ¿por qué no me dejas hacer eso a mí?

—Vamos, tú estás loca. Tú vas a ir al hospital dentro de muy poco. Ya sabes que

te ha dicho el médico que no debes hacer ningún trabajo fuerte.

—Ya creo que no sabe lo que se dice... contestó con melancolía y sin coherencia alguna para aquel doctor del montón al que habían ido a visitar.

—¿Quieres que te busque otro médico?

—No... De no tener el mejor... ese es tan bueno como otro cualquiera. Está bien. Lo que me pasa es... que...

—¿Qué?

—Nada. Pero sufro por ti, por esos quehaceres de esta que no son propios de un hombre.

—No te preocupes.

—Sí... sí... Tú tienes que ponerte a hacer eso antes de irte a trabajar por la mañana... ahorrir hasta el último céntimo... Es tremendo... Mira, a mí tampoco me hace mucha gracia tener el niño, pero...

Eddie estaba nervioso.

—Bueno, buena, no hablemos de eso. Ya me lo has dicho cincuenta mil veces. No me has acabado de decir lo que antes te preguntaba... ¿Has pensado en algún otro médico?

—Hay habla el periódico de uno que se llama Burgess... Viene recomendado. Tiene una casa que da envidia. Pero nosotros no podemos. Es un médico para millonarios...

Siempre cordial, siempre dispuesto a acceder a todos los deseos de su esposa, él contestó, sonriendo, mientras seguía limpiando los vidrios:

—Tú elige lo mejor, no eres tonta. Con hacerlos ilusiones, mi su pierde nada...

Oyóse la voz alegre de Jennie:



—¡Clara!

—Ya está aquí tu amiga. No la dejes entrar aquí. No quiero que se me hable.

Pero antes de que pudieran oírsele, Jennie entró en el piso por haber dejado Clara involuntariamente la puerta entreabierta, y se sentó, tranquila y alegre en la cocina. Les visitaba con frecuencia, ayudándoles con verdadera amistad.

—¡Buenos días!

—¡Hola, Jennie!—dijo Clara.

—¡Hola, querida! ¡Hola, tú!

—¡Hasta la vista!—contestó Edlie de mal humor.

—¿Me das una taza de café?... No he podido desayunar todavía.

—Clara, mujer.

Entonces se dijo Jennie en que Edlie acababa de dársele a su tarea de limpiar los vidrios, y se echó a reír.

—¡Caramba! No sabía que habías tomado una taza solista.

—¡Contaba con que harías algún chiste!—dijo Edlie, furiosa.

—Oye, eso no está muy bien... Te has dejado mucho jabón en el cristal.

—Ya sabía yo que lo iba a encontrar mal cuando lo vieras.

—Buena, Edlie, ¿me das un cigarrillo?

—No. Ya no fuma. Estoy dejando descansar la garganta.

Y aspiró profundamente, pues si se había impuesto aquel sacrificio es era por su propia salud aún con el anhelo de gustar cada vez menos.

—Vámonos, Jennie—le dijo Clara—. Tómame el café en este otro cuarto.

—Anda, sí, lárgate, ¿quieres? Hazme el favor—indicó Edlie.

—Con mucho gusto.

Fueron a la estancia contigua y la misma Jennie se sirvió el café y preparó otro para su amiga.

Había en Clara una tristeza tan abruma-

dora, que Jennie, criatura optimista a más no poder, le preguntó:

—¿Cómo te encuentras?

—Bien. Estoy bien.

—Entonces, ¿cómo estás cuando estás mal?

—Estoy muy preocupada, de verdad, Jennie.

—Ya lo veo y contáplame a todas las que tienes a tu alrededor. Le preocupas a él. ¿No te das cuenta? ¡Silencio! ¡Llega.

Edlie entró en el cuarto.

—Son las ocho y media, tengo que irme en seguida... Clara, no voyas ahora a ponerle a terminar las errandías. Yo lo acabaré cuando vuelva.

—¡Bien! ¡Adiós, cariño!

—¡Adiós, Clara!... Y tú, hasta la vista, en tramitida—añadió, dirigiéndose a Jennie.

—¡Adiós, eriza!

Cuando hubo marchado, Jennie comentó, risueña:

—¿Es un encanto?

—Eso es lo que me tiene así preocupada.

—¿Qué?

—¡Se porta tan bien!... Dice que el fumar le hace daño a la garganta. No es cierto. Ha hecho todos los sacrificios para ahorrar dinero... No me parece bien que se prive así, por mí.

—Siempre es un mal trago para el marido. Nadie sabe lo que un marido pesa cuando su mujer va a tener un hijo.

—¡Debe ser tan bueno que todo salga bien! Poder tener un médico como Bargas, y cuando una vea que su marido está contento con tener un hijo...

—Tú sí estás contenta de tenerlo, ¿no?

—¡Fanny, hija! Quiéreme que él lo estuviere también y no tener este miedo que tengo...

—¿Cómo sabes que él está así?

—No hay más que verlo. Se le nota en todo. Se sonríen por mí, pero en el fondo de su alma están tristes. Me lo ha dicho muchas veces. No le gustan los niños.



## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—¿Estás segura?

—Sí, sí...

—Ya combinsá cuando lo tenga, ya verá. Aunque yo me figuro que tiene más istoria que el que tú supones...

—No sé...

Y siguieron hablando largamente con las usuales confidencias de las amigas íntimas

cuando se trata de esos grandes problemas que se presentan en toda existencia de mujer: el secreto de la maternidad, el espanto del alumbramiento, la reseción del marido ante el hijo...

Jennie, con su bondadosa palabra, parecía calmar, aunque aparentemente, los recelos de la futura madre...

...

Y, sin embargo, ¡cuán equivocada andaba la pobre mujercita de Eddie! Ciertamente que había hablado siempre con desdén de los hijos de las familias pobres que se cargan de descendencia y no saben cómo mantenerla. Pero ahora que su esposa iba a tener un hijo, la embargaba la emoción, la vida le parecía más amplia y bella y se imponía gustoso todos los sacrificios imaginables.

Reservaba para sí esta emoción, sin quererla manifestar a su mujer. Y la preocupación de que todo fuera bien, le ponía de malísimo. Los antojos, los caprichos de su esposa, eran ley para él y procuraría satisfacerlos todos, aun los más costosos y difíciles.

Se entretenía viendo los niños de los demás. Un día en la tienda, empezó a acariciar una preciosa criatura que reposaba suavemente en un cochecito, mientras sus padres adquirían un aparato de radio.

—¡Nena!... ¡Qué preciosa!... ¡Qué linda! ¿Cuántos años tiene? — preguntó a la madre.

—Nada más que siete meses.

El padre intervino mirando con satisfacción al pequeño:

—Claro que todos los padres están orgullosos de sus hijos, pero verdaderamente no hay otro niño igual. Estoy segura de que es el niño más listo del mundo. Está muy adelantado para la edad que tiene, ¿no es verdad?

—¡Ya lo creo!— dijo Eddie, riendo—. ¡Mítele! El muy suavecito me ha agarrado un dedo...

—¿No le decía yo? ¡Verdad que es lindísimo?

—Es un sol. ¡Hola, hola, niño, hola!...

Y el nene se reía como agradeciendo aquel homenaje tan cálido.

El señor Lathrop se llegó a ellos.

—Eddie, Eddie, ¿está listo para entregar el aparato del señor Randolph?

—Sí, señor—contestó, distraído—. Ya está. ¡Qué encanto de niños tienen usted!

—¿Verdad?

—¡Ya lo creo!

Todo el resto del día andaba preocupado, como si una idea fija le atenazara.

La tristeza y el mal humor de su esposa le llenaban de melancolía. Creía que ella andaba apenada ante la idea de tener un hijo con el temor de que fuera causa de su muerte. Se veía claramente que no tenía confianza en ninguno de los médicos de los hospitales. ¡Sólo aquel gran doctor! ¡Pero era tan caro, tan inaccesible!

Sí, era una cosa dudadísima. La madre de Clara había muerto al dar a luz, y Clara tenía el presentimiento de que la había de ocurrir lo mismo. Y por ese temor pensaba Eddie que su esposa hubiera preferido no ver madre. Esa idea le amargaba, le afligía... ¡Cuán lejos estaba de suponer que su esposa podría creer que era él quien no quería al hijo!

Un poco apenado fué a ver, antes de abandonar la tienda, a su principal.

—Oiga, señor Lathrop.

—¿Qué hay, Eddie?

—¿Usted cree que una mujer que va a tener un niño, y no lo quiere tener, pueda... puede llegar a quererlo, vamos, como si siempre le hubiese deseado?

—Tu mujer, ¿eh?

—Está muy asustada... Pero, ¿verdad que no hay ningún peligro?

—Claro que no. Muchas mujeres se las arreglan en estos casos sin necesidad de llamar a un médico. No es peligroso si se tiene cuidado. Lo importante es que ella tenga confianza en su médico.

—Pues es lo malo, que no tiene ninguna...

—Entonces...

—Quieres que la llame al doctor Burgess.

—¿Burgess? Tiene que ser millonario para poder conseguirlo...

Uno de los empleados de la casa preguntó a Eddie:

—¿Vienes a almorzar, Eddie?

—No... No almuerzo... Me estoy poniendo demasiado gorda... Y dígame, señor Lathrop, ¿ese doctor Burgess es bueno?

—¡Buena, pero estrimul!

—Me gustaría saber lo que hay que hacer para poder hablar con un hombre así...

—No sé...

Lathrop se separó de él para ir a dar unas últimas órdenes.

La nerviosidad de Eddie aumentaba. La amargura de su esposa se le había contagiado también y pensaba en la necesidad de que fuera el sabio doctor Burgess el que la atendiera en el parto. Ese médico era una garantía de seguridad, de confianza. Con él, ya nada habría de temer Clara y tal vez entonces se mostrase menos asustada con el hijo que había de tener.

Pero, ¿cómo hacerlo para atender a los crecidos honorarios de aquel médico famoso? Capaz sería de cualquier sacrificio, de cualquier locura.

¿Si pudiera encontrar algún trabajo extraordinario, alguna labor que le pagasen bien, aunque fuera difícil, costosa?... ¿Si pudiera recoger unos cuantos dólares!

De pronto pasó cerca de él, en dirección de la sala, el empleado de la sección de contabilidad.

La mente de Eddie se iluminó con una idea. Sí, ¿por qué no? ¿Qué le importaba el sacrificio transitorio de la vida de los meses que más amaba en la tierra?

—¡Eh, Frank!

—¿Qué hay, Eddie?

Nervioso, agitado, preguntó:

—¿Sigues tu hermano organizando los matches de boxeo del Empire?

—Sí.

—¿Crees tú que me podría poner en uno de los pesos preliminares?

El llamado Frank le miró sorprendido. Pero ¿qué decía aquel hombre? ¿Si no tenía preparación, si nunca pisó un ring!

—Te advierto que los que van allí pegan bien, ¿eh? ¿Qué interés tienes en que te den una paliza?

—Algo muy serio... ¿Cuánto pagan?

—A diez dólares por round.

—¿Diez dólares por round?... ¡Magnífico! Cuatro rounds, cuarenta dólares. Me las arreglaré muy bien con ese dinero.

—Buena, hará lo que pueda por tí, pero me parece una locura.

—¡Muy bien!

¿Qué le importaba a él su sacrificio? Con aquellos cuarenta dólares intentaría, llevada de su amor de esposa y de futuro padre, pagar parte de los honorarios del doctor Burgess... ¿Qué más le daba una paliza? Era preferible recibirla a golpes que no sentir ahogado el corazón con el espectáculo de la pobreza, con el temor de que su pobre esposa, exhausta dominada por el terror, pudiera morir.

Nada dijo a Clara de su determinación.

## M A R I D O Y M U J E R

Tal vez ella se la asustan de la oscuridad, temerosa de aquel peligro... Guardaría el más absoluto silencio.

Su amor de marido, su amor de padre, la alegría de tener un niño a quien poder abrazar y besar y con el que poder comuni-

verse con el maravilloso encanto del despertar de su voz, de la luz de sus ojos, de la sonrisa de sus labios, le producen tan intensa ternura, que a su lado le parecen despreciables, sin importancia, todas las demás cosas...

...

Cuando Eddie llegó a su casa, más tarde que de costumbre, encontró a Jennie atendiendo a Clara, cada vez más débil y más asustada a medida que se acercaba el acontecimiento... Ya parecía el desenlace una cosa de poco tiempo y Clara seguía víctima de terror con una doble preocupación: la de que se iba a morir y la de que a Eddie no le gustaban los niños y, por lo tanto, consideraba una contrariedad el nacimiento de su hijo.

Jennie recibió a su amigo con un poco de hostilidad.

—¿Por qué llegas tan tarde? ¿Es que un trabajo a hornos te las trae?

—He ido a arreglar un aparato a casa de un cliente. Lo pagaba bien...

—Bueno, pero debías tener más interés en llegar antes a casa, para estar con tu mujer que va a ir al hospital...

—¿Cómo está Clara?

—Se va a poner mala del susto que tiene. Eso es lo que pasa.

—Bueno, pero no debes preocuparte del par de... Voy a verla.

—¿Quieres comer algo?

—No, no tengo hambre.

Se dirigió al cuarto de su esposa. Clara estaba ya en cama. Habían acordado para aquella misma noche su traslado al hospital, donde había médicos y enfermeras que podrían atenderla cuidadosamente. Pero ella se sentía asustada por la opresión y su total confianza en los doctores de aquel establecimiento.

Su ánimo era pesimista. A la preocupación

por su estado, al temor de que no vivieran ni ella ni su hijito, se juntaba lo que consideraba un desdén, un abandono cada vez mayor del marido... Precisamente en estos últimos días en vez de estar a su lado con mayor frecuencia, parecía huir de ella. Ignoraba la pobre que su esposo realizaba toda clase de trabajos extraordinarios para poder satisfacer los excesivos gastos que el estado de ella requería.

Al verla, en sus ojos apareció retratado el reproche.

—Aquí está la bella durmiente—dijo Eddie, afectuosamente.

—Vas... Eddie, me parece que no te sentiría venir a casa más temprano.

El se echó a reír.

—¡Muy bien!

—Ese "muy bien" no me hace ninguna gracia.

—Chiquilla, ¿por qué te disgustas? ¿Crees que no me interesa por tí?

—No se nota mucho. No has pasado ni una noche en casa en estas dos últimas semanas. No quiero decirte nada, pero tengo tanto miedo...

—¿Es por el médico por lo que todavía tienes miedo?

—No. El médico está bien, me parece. Soy yo misma. No pueda remediarlo. Ya sabes, se tiene confianza en unas personas y en otras no. No tengo razón, ya lo sé... Pero ¿qué quieres?

—Ya... Yo sé lo que es eso.

Parecía conmovido, emocionado, y ella le



miró con mayor ternura, como si volviera a sentir que vivía en confianza.

—Eddie—le dijo con voz más dulce—, ¿vas a quedarte aquí esta noche y vas a venir al hospital esta noche conmigo?

—¿Claro que sí!

Pero inmediatamente se acordó de una delicada gestión que quería realizar aquella misma noche.

—¡No, espera!—agregó, turbado—. Te tengo que decir... Voy a salir a...

—¡Déjalo, no importa! No te molestes.

Y la desilusión volvió a apoderarse de ella.

—No, mujer. Además, se tarda ni media hora.

—¿Ni siquiera esta noche vas a quedarte conmigo?...

—Sí. Vengo en seguida. Te lo prometo.

Llamaron al teléfono, colocado encima de la mesita de noche. Jennie, que había guardado silencio, cogió el auricular.

—¿Quién es?... Sí... Habla su secretaria—dijo, riendo—. ¿Quién quiere hablarle?...

—Frank?... Espere un momento.

Brindó el teléfono a su amigo.

—¡Ah! tienes a un tal Frank que quiere hablar contigo.

Eddie, nervioso, tomó el teléfono.

—¡Hola, Frank!... ¿Esta noche? ¡Ah, hieo! Sí, claro, cuenta conmigo... ¡Muchas gracias! ¡Hasta luego!

Miró a su esposa, que le contemplaba con ojos interrogantes, fríos.

—Una cosa que me va a retrasar un poco, Clara. Otro negocio. Pero estaré aquí a las nueve en punto. Tengo que ver ahora a otro individuo.

—¿Y no has podido elegir otra noche para tus citas? Precisamente la de mi traslado al hospital...

—¡Y tanto!—corroboró Jennie.

—No es una cita. De verdad que no. Vengo tan pronto como pueda. O, lo aseguro...

Y con el temblor y la turbación del inocente, que a veces se pueden confundir con los del culpable, marchó al poco Eddie, mientras Jennie intentaba consolar inútilmente a su amiga de lo que consideraba cruel abandono.

\* \* \*

Seguendo Eddie su proyecto, dispuesto a todo para calmar las inquietudes de Clara, se fué a visitar al doctor Burgess.

Su corazón temblaba: una gran palidez aflaba sus facciones. Tuvo que esperar largo rato hasta ser al fin recibido por el ilustre médico.

En el doctor Burgess un hombre frío en apariencia, de mirada penetrante y aguda. Pero al propio tiempo infundía el respeto que arroba a todos los hombres efímeros y aulicos.

De pie ante él, Eddie, con voz temblorosa, dando vueltas a su sombrero, estuvo explicando cómo su esposa de un momento a otro iba a ser madre.

—Y esta noche me la llevo para el hospital... Créame usted que eso me produce pánico.

—Nada debe temer. Le aseguro que el médico que tiene es competente. Se trata de un buen amigo mío.

—No es eso, ¿sabe usted?... Y perdón que le moleste con mis explicaciones, que le haga perder un tiempo tan precioso... Es que no es más que una eriatara y está muy asustada. Su madre murió de eso. Ella ha leído un periódico en que hablaban de usted. Al mismo tiempo, claro, nosotros ni pensar en poder tenerle a usted. Pero ella no tiene en nadie la fe que en usted.

—¿Lo ha dicho usted que iba a venir a verme?

—No, señor. No nos hemos hablado apenas estos días. He estado trabajando horas extraordinarias por las noches sin decirselo a ella. Y una que es que se la estoy pegan-

do, me parca. No se lo pueda decir. Yo no sé contar esas cosas. Naturalmente, yo no puedo pagarle a usted lo que usted vale, pero le voy a decir. Gano cuarenta y cinco dólares a la semana y gano unos quince más trabajando por las noches... y esta noche voy a ganar cuarenta por un match de boxeo... Además, tengo ahorraditos últimamente trescientos ochenta dólares, ¿sabe usted?

El doctor le interrumpió con frialdad.

—¿Es usted boxeador?

—No, señor. Pero un amigo ha conseguido anteriormente en una pelea preliminar del Empire. Me largan diez dólares por round. No me importa nada ganarlos una paliza por cuarenta dólares. Mira usted, doctor! Yo he sido toda mi vida un tipo con mucho orgullo. He querido pagar siempre en la mano y no tener que agradecerle nada a nadie. Pero ahora... ya no soy así. Ya ve usted cómo lo estoy suplicando. Si ella supiese que usted iba a estar a su lado, estaría tranquila y todo iría bien. Como no es así, se va a morir de miedo que tiene... y yo... ¡y yo no quiero que se muera!... ¿Irás usted, doctor?... Yo le daré a usted mis trescientos ochenta dólares que tengo guardados... y le pagaré a usted después, dólar por dólar... ¡Por favor!... ¡Vaya usted, doctor!... ¡Por lo que más quiera en el mundo!

No pudo más. Cayó selluzando en la silla que tenía delante.

El sabio guardó unos instantes de silencio; luego, conmovido ante aquella explosión de pena, le contestó con la seriedad característica en él:

M A R I D O Y M U J E R

—Buena, me encargará de ella.

Eddie se incorporó emocionado, loco de alegría. ¡Qué suerte tan grande! ¡Qué felicidad la de Clara cuando lo supiese! Sonó en su parte moral, todo lo demás iría ya bien.

—Muchas gracias, muchas gracias. Perdona usted... Estaba un poco nervioso, ¿no?

Y tú con una riza temblorosa.

—Soy un estúpido. ¡Gracias, doctor! Muchas gracias. Sierto no traer un cigarrillo o algo que darle.

—¡Buena, buena!

—Como he dejado de fumar... Me hacía daño en la garganta...

Y se fué alejando torpemente, tropezando con los muebles y contemplando al propio tiempo la incomparable belleza de aquel despacho.

—¡Vaya materia de casa que tiene usted! Quiero decir... ¡Oh, perdona! Buena, ¡muchas gracias!... ¡Muy bien!

Y saludando salió al fin, mientras por el rostro impasible del doctor pasaba una vibración de ternura, de bondad.

¡Pobre hombre! ¡Con qué cuidado atendería a la esposa!

\*\*\*

Clara se agitaba nerviosa en el lecho. De vez en cuando miraba el reloj, que ya señalaba más de las nueve.

—Dijo a los nueve, ¿verdad?—preguntó a Jennie.

—Sí; pero, chica, no te preocupes.

—La mujer que podía haber hecho es estar esta noche conmigo.

Jennie, inquieta, procuraba consolarla.

—No te pongas así, mujer. Vas a enfermarte.

—¡Me abandonas! ¡Se ha acabado de mí! ¡Es horrible!

Y mientras Clara se agitaba con aquella melancolía sin fundamento ni razón, el abogado Eddie se hallaba ya en el "Empire", lleno de una multitud que esperaba con fruición los combates de boxeo.

Eddie había subido al ring y miraba con espanto a su oponente, un hombre fuerte, rudo, con el aspecto característico de cargador de muelle que se mete a boxeador.

Ignoraba Eddie las reglas más elementales del boxeo; jamás se había cubierto unos guantes e iba a luchar con la seguridad del sacrificio.

En su adversario, adusto y brutal, le miraba con aire de satisfacción.

El público comprendió inmediatamente que aquel match estaba decidido y presenció su desarrollo sin interés.

Mike, el contrincante de Eddie, comenzó a pegar con una fuerza agresiva, voluptuosa, gozándose en vez el dolor que experimentaba Eddie al aunar los implacables golpes.

Eddie pegaba sin ver y sus movimientos eran

siempre en el aire, sin dar ni por casualidad a su adversario. Pero él sólo pensaba en la necesidad de resistir los cuatro rounds, que eran cuarenta dólares. ¿Qué significaba dejar sangre y heridas y dolor para obtenerlos?

Al primer round estaba ya medio muerto. Mike le había pegado formidables directos a la barbilla y a la nariz, llenándolos de sangre... Se tambaleaba, y otro implacable puñetazo en el estómago le derribó en el suelo y se levantó con gran dificultad cuando ya el árbitro llegaba a contar el número diez.

La lucha era tan desigual, que el público, sin comprender la íntima tragedia que se encerraba en aquella pelea vulgar, protestaba desahoradamente.

—¡Fuera!... ¡Fuera!...

Otro golpe de Mike y Eddie cayó redondo al suelo, así sin sentido. Esta vez el gongu le salvó. Había finalizado el primer round. De no ser así, Eddie no hubiera podido levantarse.

Le llevaron a un rincón y procuraron reanimarle... Volvió lentamente en sí y se limpió el rostro ensangrentado. No veía apenas... Ante él estaba sólo la imagen de Clara, por la que hacía aquel sacrificio.

—Deberías pedir la espuma—le aconsejó un empleado.

—No. Ya sé lo que me hace.

—¡Pues anda! No me dejaba yo pegar una paliza así al por mil dólares.

—¿No, verdad?... Pues esa es la diferencia que hay entre tú y yo...

Al otro lado del cuadrilátero, Mike se alisaba, fresco y tranquilo. ¡Ah, si todos los



adversarias fueran como aquel pobre Eddie! ¡Qué bien!

—Su "manager" le aconsejó, sonriente y agresivo:

—Anda, hombre... Encáñale una bien y así ha con él. Esto es un matadero.

—Ha querido darle ocasión. Ahora, en este round, lo dejaré dormido.

—¡Muy bien!

Sonó de nuevo el gong y otra vez los dos adversarios se encontraron frente a frente. Eran un boxeador y un pelele. Mike se complacía en pegarle furiosamente, derribándole sobre las cuerdas, haciéndole perder por completo la verticalidad. Eddie jadeaba, parecía como si fuese a aspirar.

Protestaba el público con energía reclamando otro espectáculo de fuerzas más igualadas. Aquello era un asesinato.

Por fin un nuevo puñetazo de Mike tendió a Eddie sobre la tela, y el árbitro comenzó a contar:

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis...

Eddie no se movía. El match estaba ya resuelto. ¡Por fin!

—Siete, ocho, nueve...

Aquel número pareció ser como un pinchazo para la voluntad desmayada de Eddie.

Se incorporó de un salto y arrajóse de nuevo, sangrando de una manera lamentable, contra Mike. Rodaba como un muñeco por sobre las cuerdas; luego se pudo oír a su rival y éste le azotaba despiadadamente las flancos y el entrepierna, produciéndole dolores intensísimos.

Se daba cuenta Eddie de que no podía más, que de un momento a otro iba a caer irremediablemente vencido. Y entonces, alzándose a su adversario y cuando ya éste consideraba que era cuestión de segundos su victoria, le murmuró con una voz angustiosa:

—No me "siquiera" todavía, por favor... Necesito dinero. Mi mujer va a tener un hijo...

Los ojos brutales de Mike le miraron con

ménoa rencor... Contempló a Eddie y sus puños, al avanzar contra él, se detuvieron nuevamente junto a la cuerda.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes? —contestó.

—Claro, porque, lo que es ya... Me caigo... No pueda más.

Mike, dentro de su rudeza bárbara de gignión, tenía un corazón de oro. Y le aconsejó:

—Agárrate a mí y respira fuerte.

Se dejó caer sobre Mike, que le sostenía con su cuerpo y simulaba pegarle, aunque en realidad al llegar a él apenas le rozaba ya. Y así continuó aquella simulación de match hasta oírse el gong y le ceda adversario a su sitio.

El público se admiraba de la resistencia de Eddie, sin adivinar siquiera la combinación, la más honrada combinación que se ha hecho en un ring.

Y entretanto, bien ignorantes del generoso sacrificio de Eddie, Clara y su amiga veían pasar con inquietud las horas.

Jennie telefonó al hospital anunciando que no llegarán hasta más tarde.

—Ya lo he arreglado—explicó a Clara—. Como las dijimos a las nueve... Les he dicho que lleguemos a las once.

—¡Gracias! ¡Ah!... ¡Ea espantoso!... No creí que Eddie iba a ser capaz de hacerme lo que me está haciendo.

—Pero, hija, si sólo se ha retrasado una hora...

—Es que hay horas que nadie sabe lo que valen... ¡Y me ha dejado sola!

—Trabaja para ti.

—No, no. ¡Me abandonó! ¡Qué infamia!

Y mientras ella lloraba, acusando injustamente al esposo, éste recordaba su match con el corazón puesto en el recuerdo de la mujer por la que daba cuenta tenía.

Ya los dos últimos rounds fueron de simple exhibición. Mike parecía haber perdido



## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

las agallas y aun simulaba acusar los golpes que levemente le propinaba su adversaria.

Se agarraban los dos fuertemente para poder hablar, sin hacer caso de las advertencias del árbitro ni de los silbidos del público, que no podía comprender que Mike hubiese perdido las fuerzas.

Pero Mike, rechazando el griterío, preguntaba a Eddie:

—¿Para cuándo esperas al chico?

—Para mañana o pasado.

—Yo tengo dos.

—¿Sí? ¡Oh, dios! ¿Cuándo le conocen a uno?

—Los míos, a los dos meses... Claro que los míos son más listos...

¡Admirable conversación de la paternidad que ya gozaba de sus cuencos, y de la paternidad que era todavía esperanzada... Mari-villoso reflejo de dos almas que para vivir, para dar pan a la familia, tenían que subir a un ring y pegarse furiosamente sin sentir odio alguno, consumidos previamente los dos por la misma llama de amor...

Así lo pensó Eddie. Y también Mike, que recordaba cómo también antes, cuando había de tener su mujer un hijo, debía él aceptar toda clase de combates para llevar dinero a casa...

Aun cuando hubo un match de tanta belleza espiritual, una pelea en que el alma triunfara sobre la fuerza. Ninguno de los dos iba a buscar la gloria. La necesidad les empujaba al combate. Mike no era más que un hombre de fuerza bruta, pero carecía de ciencia. Una fuerza bruta que ponía al servicio de su corazón, de su alma, del amor a los suyos. Como Eddie ponía su debilidad, su poca energía, su fuerza no cultivada nunca... Un triunfo completo del amor.

Y cuando terminó el match, con la victoria por puntos de Mike, Eddie, después de ser curado de las heridas que tenía en el rostro, heridas que ahora aterrorizaban a su ad-

versario, que fue hacia él a pedirle perdón, marchó velozmente hacia su casa con los cincuenta dólares en el bolsillo, aquellos dólares ganados para que el doctor Burgess, el sabio, pudiera atender con sus manos diestras y con su habilidad prodigiosa a la mujer que tenía miedo de ser madre...

Cuando llegó ante la casa vió que acababan de subir a un taxi Clara y Jennie.

El joven se acercó, y por la portezuela murmuró con emoción:

—¡Perdóname!... Se me ha hecho un poco tarde.

Con vibrante remor, Clara le respondió:

—Ya lo veo... Te has portado bien...

—Me ha faltado tiempo para venir antes, te lo aseguro.

—Te ha faltado tiempo para estar conmigo esta noche, pero no para irte a una taberna. Dios sabe con quién, a que te señalen la cara en una bronca de borrachos...

Y le señaló el rostro, en que aparecían varias cicatrices de tufetón.

Eddie sintió ganas de llorar.

—¿Tú... tú crees eso?

—Sí. No hay más que verlo... No tienes que molestarme más por mí. Adiós.

Y dando una orden al chofer, el noche arrancó a toda velocidad, mientras el pobre Eddie quedaba trastornado, enloquecido, señalando con los brazos al vehículo que se alejaba.

—¡Clara, Clara!—gritó, desesperado—. Te he conseguido al doctor Burgess... al doctor Burgess...

No podían oírle, y él siguió largo rato por la calle, repitiendo aquel nombre, llorando amargamente al verse tratado con una injusticia tan grande, al comprender cómo su sacrificio no sólo no era apreciado, sino que era objeto de burla y acoración...

—¡Clara, Clara!... El doctor Burgess... lo he conseguido... Clara...

\* \* \*

Al día siguiente, Eddie esperaba nerviosamente en la sala de visitas. Sabía que estaba a punto de nacer el niño y que el doctor Burgess, el sabio insignie, atendía a Clara en su augusta función.

No le habían permitido entrar para nada en la enfermería y sentía la doble inquietud de poder ostentar dentro de poco el lema sagrado de la paternidad.

Ya no se acordaba del desprecio del día antes. Todo desaparecía para pensar sólo en el milagro de ver un cuerpecito animado por el soplo de la vida y nacido de él y de su amor...

Se paseaba, aturdído, junto a varias personas que esperaban también el desenlace de estas patricias. Los futuros padres mostraban una impaciencia febril ante la tardanza en anunciarles la buena nueva.

Entró uno de los médicos, y uno de los visitantes avanzó nervioso hacia él.

—Buena, ¿qué, doctor?

—Le felicito a usted. Dos gemelos.

—¿Dos gemelos?

El favorecido se volvió pálido. No había esperado tanto. Los que aguardaban le rodearon riendo con un poco de ironía de aquella doble paternidad.

—¿Chicos o chicas?—preguntó.

—Chico y chica.

En el fondo de su alma había una ligera contrariedad, pero no quería demostrarla demasiado... Se sentía padre por encima de todo y ardía en el deseo de abrazar a aquellos dos niños, puntales futuros de su existencia.

Otro de los visitantes, el señor Lemsky, a

quien ya conocían en el hospital, comentó, sonriendo:

—¿Gemelos! El negocio de nacimientos va para arriba. Otras veces que he venido aquí estaba yo solo. ¡Vaya, vaya!

Había un hombre preso de una exaltación extraordinaria. No podía estar quieto ni un instante; lanzaba largas miradas a la puerta por donde debía aparecer un doctor a comunicarle el desenlace. ¡Oh! ¿Sería favorable? ¿La pobrecita compañera de su vida iba a salir bien de aquel trance que tenía para ella el pavor de lo desconocido?

Estaba tan inquieta, que otro de los que aguardaban preguntó:

—¿Va a ser el primero de usted?

—El primero y el último. No quiero volver a pasar lo que estoy pasando, por todo el oro del mundo.

Todos se recharon a reír, y los que las otras veces habían sufrido la misma intensa incertidumbre, le envolvieron en una mirada de compasión.

¡Ah!, toda aquella gente estaba reunida allí, en aquella sala, con el más hermoso de los sentimientos, la paternidad. Esperaban sólo la anunciación, la voz que les invitara a ver el regalo maravilloso de Dios... Y en su pensamiento todas se forjaban ya las frases que habían de decir a la esposa, las tiernas palabras que afloraban a sus labios para saludar al hijo.

Eddie experimentaba las mismas angustias que el que preguntaba "no quería volver a pasar lo que estaba pasando"... Procurando disimular, sin embargo, preguntó al señor Leo-

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

ky, hombre ya de alguna edad, que parecía tener la serenidad de la costumbre:

—¿Cuántos hijos tiene usted?

—Seis o siete. A la mejor, ocho. No sé...

—¿Cómo es eso?

—Yo estoy seguro de que tengo seis, pero no sé lo que ahora estará pasando arriba...

—¡Oh!

Volvió a entrar el médico de guardia.

—Señor Vernon...

Esta, que era el joven que sufría tan atormentado, avanzó hacia él, temblando, como si le fueran a matar.

—Aquí... Dígame...

—Es usted padre de una niña hermosísima.

—¡Oh, oh!

Y fué tal la emoción de aquella nueva, que se desmayó, siendo inmediatamente atendida por los demás.

—No es nada—dijo el médico—. La impresión. Es natural... Un temperamento nervioso... pero va pasando. No es nada...

—Aquí tengo un frasco de sales—dijo una señora, pariente de una de las futuras madres.

—¡Perfectamente!... Díscelas a ella...

Mientras procuraban retornar al infeliz Eddie comentó con acento atento:

—La gente se cree que los padres no pasan nada... No sabe nadie lo que uno sufre cuando su mujer va a tener un chico.

—Claro que si tuviera tantos como yo, lo mejor que podría hacer es quedarse así el resto de su vida—añadió el señor Lensky, señalando al accidentado.

—Ya vuelve en sí. Ya está—dijo el doctor.

El pobre joven abrió los ojos, permaneció callado unos instantes y luego preguntó con una voz todavía incoherente:

—¿Qué me ha pasado?

El médico se echó a reír.

—Que usted está de tener una niña.

—¿Ya? ¿Ya?

A punto estaba de desvanecerse otra vez.

—Sosténgalo, que va a volver a desmayarse.

En tanta la impresión de Vernon ante la idea de que era padre, que parecía ir a enfermar. El doctor le cogió por un brazo, afectuosamente.

—Vamos, ánimo, señor Vernon. Venga usted conmigo...

—Sí, sí...

—Sosténgalo; hágame caso a mí que sé de esas cosas—decía el señor Lensky.

Y unas cuantas buenas y caritativas personas, entre ellas el doctor, acompañaron afuera al pobre Vernon, para que pudiera ver a la niñita que iba a perpetuar su estirpe. Seguramente a la vista de la niña reconocería y el amor triunfaría de la fragilidad de sus nervios.

Eddie quedó en el salón, temiendo que le pudiera pasar a él, novato también en el asunto, algo parecido.

—También yo me estoy poniendo nervioso...

—No, hombre, no... ¿Qué adelanta usted?

—Oiga, señor Lensky—añadió, perseguido por una idea—. Quiero hacerle una pregunta.

—Usted dirá.

—Estoy convencido de que mi mujer no ha tenido muchos deseos de tener esa criatura.

—No se preocupe. Dentro de dos semanas estará loca con ella.

—¿Cree usted?

—Es lo de siempre. Además, tenga usted cuidado de no darle a entender que tiene usted más interés por el chico que por ella. Las mujeres son muy celosas en esos casos. Usted ya me entiende. Demuestre usted interés, pero no demasiado. Después de todo, usted conoce a su mujer desde hace algún tiempo y el niño es un recién llegado.

—Sí... Lleve usted razón. Así lo hará.

Respiró el doctor.

—Señor Eddie Collins...



—¿Qué?... ¿Qué?...

Terribles. ¡Oh, al supremo momento!

—Un chilo.

No cayó, como Vernon, pero sintió algo dulce en el corazón, algo maravilloso, desconocido. Toda su ser, pensamiento, alma, sangre, todo pareció cantar un himno de júbilo.

Pero acostumbrado al dominio de sus sentimientos, no quiso dar el espectáculo de una alegría nerviosa. Su mano se tocó rápidamente la sien y dijo en frase levítica, esta vez más ruidosa, con un acento incomparable de triunfo:

—¡Muy bien!

...

No le habían dejado ver aún al niño ni a la madre... Clara estaba débil; el pequeño, en aquellas primeras horas, necesitaba quietud, silencio.

Y Eddie tuvo que marcharse sin poder ver al hijo de su corazón, a la mujer amada... Pasó un día de impaciente necesidad en que en vez de arreglar aparatos los desatregaba. Le pareció que todas las radios del mundo debían tocar un himno triunfal al nacimiento del heredero.

Por fin, al cabo de tantas horas, Eddie volvió a hallarse en uno de los corredores del hospital, creyendo que de un momento a otro le dejarían ver a su familia.

—Podrá usted ver a su esposa dentro de unos minutos—le indicó una "morte".

—Gracias... ¿Qué le parece a usted?... Mi chico tiene ya volutidos horns y aun no he podido verle.

—Ya es un lambrecito. Verá qué hermoso.

—¡Oh, qué ganas tengo de verle!

En aquel instante acortó a pasar por allí el famoso doctor Burgess, y Eddie corrió a su encuentro.

—Bueno, doctor, ¿cómo están?

—Perfectamente.

El joven le entregó unos papeles.

—Aquí tiene usted trescientos cincuenta dólares, y en cuanto...

—Deje ahora—contestó el médico con brevedad—. Aquí tiene la factura. Buena suerte... Tengo prisa. Perdóneme... Otra enferma... Buena suerte, amigo... ¡Adiós!

—Muchas gracias.

El doctor se alejó rápidamente con aquella innata bondad de su mirar de vidrio.

Eddie comentó, mirando a la enfermera:

—No he visto humitar más desprendida.

Abrió el sobre y encontró en él, no sólo la factura, sino un cheque. Parpadó, admirado por la sorpresa.

—Pero ¿qué es eso? Aquí dice "Pagado".

—¿Y ese cheque?... "Páguese a la orden del señor Eddie Collins, hijo, cincuenta dólares". ¿Qué es esto?

No podía comprender aquella maravillosa generosidad, aquella nobleza hidalga.

La enfermera, que conocía bien al doctor, comprendió y le explicó:

—Pues que le regaló a usted ese dinero para que le abra al niño una cuenta en el Banco.

—¿Y no ha querido cobrarme nada? Eso sí que es un hombre...

Y abrió el brazo como si saludara al eminente doctor, que daba no sólo su ciencia, sino su corazón.



...

En la gran sala había numerosos madres convalecientes del alumbramiento.

Clara se hallaba en la cama, junto al lecho de la señora Lenaky, y admiraba las siete pulseras que llevaba esta última en sus brazos.

—Son preciosas, señora Lenaky.

—Cada vez que tengo un hijo mi marido me regala una pulsera. A este paso no voy a tener dónde ponerlas.

Entró una enfermera con un niño en brazos... Se detuvo ante Clara, cuya cara era la más cercana a la puerta.

—¿Qué le parece este chiquillo?

—¿El mío?—suspiró la madre, con un estremecimiento.

—¡Oh, no! Este no es el mío... Este niño tiene ya seis días...

Y lo fue a dejar en el lecho de una mujer feble y de mirada algo cruel, que clavó sus pupilas miradas en aquella tierna criatura... ¡Quién sabe qué drama se encerraba allí!

La señora Lenaky sorprendió la mirada de aquella madre y comentó en voz baja con Clara:

—Parece como si le odiara. A lo mejor no quería tenerlo.

Aquellas palabras estremecieron a Clara. Pensó en su marido, que ella creía siempre había odiado a los niños, su marido, que en estos últimos tiempos la había tenido casi abandonada.

—¿Odiar los padres a los chicos que no hubieran querido tener?

—He oído que algunas veces sí.

—¿Es raro eso?

A poco entró otra vez la enfermera con un niño gordito y sonriente.

—Este es el pequeño Mussolini—explicó, riendo.

Y fue a dejarlo en los brazos de una mujer italiana que lo estrechó contra su corazón en una explosión de amor.

—¡Qué curioso!—suspiró Clara—. ¿Verdad? Todos hemos sido así de pequeños.

Volvió la enfermera con otra tierna criatura.

—A ver éste. ¿No le parece un encanto?—preguntó a Clara.

—¿Qué guapo es!

Y Clara acarició aquella criatura sonrosada, de menudas ojos negros, reidores y vivaces.

—Mire usted qué manos—siguió diciendo la enfermera con ternura—. Fíjese usted qué manicillo.

—Es un cielo.

La "marse" la contempló risueña y extendió sus brazos con el niño.

—¿No quiere usted tener a su hijo?

—¿Mi hijo? ¿Es el mío? ¿De verdad?

Temblaba; parecía ir a reír y a llorar... No le conocía aún. Cuando nació se lo quitaron.

—Sí, es el mío. Tómela usted.

—¡Oh, hijo, hijo de mi alma!... ¡Corazón!

Y la flusca de locos brazos, y le acarició su cuerpecito de seda y le mordió sus dedos de rosa con esa embriaguez del amor maternal.

Y allí en toda la gran sala se repetía el

misma canto de amor, y hasta la mujer de la mirada cruel había acabado por besar a su pequeño... Si las fieras más feras odoran a sus crías, ¿qué no harán las madres de los hombres?

La enfermera había ido al corredor, donde Eddie se cansaba de esperar.

—Puede usted pasar ahora.

—¡Gracias a Dios!

Procurando revestirse de serenidad, entró en la sala y se detuvo ante la cuna de su esposa.

Disimulando siempre aquel tesoro de ternura que había en él, dijo con aire indiferente:

—¡Hola, guapa! ¿Cómo estás?

—Bien. Y gracias por las flores que me enviaste—contestó dulcemente.

—Todo lo merezco.

—Mira al niño.

Ella descubrió cuidadosamente al querube, al angelito blanco y de piel de nardo y rosa.

Sintió Eddie deseos de cogerlo, de llevarle de entucas, que el amor paternal tiene la misma fuerza de expansión que el materno. Pero se contuvo; recordó las instrucciones de un hombre de experiencia: el señor Lensky. Y se limitó a acariciarle un poquito la cara, a tiempo que decía:

—¡Muy bien! ¿Eh no?

Aquellas palabras pronunciadas en un tono frío, contrariaron tan extraordinariamente a Clara, que repitió remolándole:

—Sí. Eso es.

—Perdona, he querido decir...

—No hablamos más.

—Buena, lo que quieras.

La enfermera se llegó a él.

—Déjalo ya. Tengo que llevarlo a su cuna.

Le besó de nuevo la madrecita, y al quedarse a solas con Eddie, dijo a éste con una voz en que aun vibraba el anterior enfado:

—Cuando le pregunté al doctor Burgess cómo hablamos conseguido que viniera a anti-

tipto, se echó a reír y me dijo que tú me lo cantarías.

—¡Ah! ¿Yo?...

Se rió. ¿Cómo decirle la verdad? ¿Cómo maldecirse a sí propio, confesando sus renunciaciones y sacrificios?... ¡No, no!

—Pues... pues... que es amigo de mi padre y que, por amistad con él... Me ha dado, además, un cheque para abrirle al niño una cuenta en el Banco.

—¿Un cheque?... ¡Qué bueno! ¿verdad?

Y agregó echándose súbitamente a llorar:

—Me gustaría que no hubiesen pasado las cosas que han pasado.

Aquellas palabras fueron mal interpretadas por Eddie, que creyó que su esposa se refería al nacimiento del niño... Continuaba en él la idea de que su mujer no había querido tenerlo, considerándolo un estorbo, un peso, una excesiva obligación. Y no sabía que también ella sufría el mismo equívoco con respecto a Eddie, cuando en los dos se fundía el mismo amor como un fuego sagrado.

—¡Vamos, mujer, no te pongas así! Tú verás cómo todo se arregla. No vamos a dejar de vivir porque hayamos tenido un chico... Volveremos a vivir como antes. Dentro de unos meses, se me habrá olvidado que tenemos un hijo.

Íban de equívoco en equívoco. Ahora fue Clara quien vio malicia en aquellas frases, desamor, un anhelo de desprenderse del hijo adorado, tal vez el deseo de llevarlo a un sello y no acordarse más de él.

Su marido le pareció repugnante.

—¡Vete así. Por favor... Estoy cansada.

El se levantó, bostezó.

—Como quieras. ¿Cuándo vuelves a casa?

—Dentro de dos semanas.

—Buena, date prisa. Tengo ganas de que lo pases bien. Hasta pronto, guapa.

—¡Adiós!

—Vendré a verte todos los días.

—Buena.

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Y se separaron, lamentando cada uno lo que consideraba un imperdonable egoísmo del otro. No querer al hijo, no quererle... Y las

dos al mismo, enloquecían por él. ¡Ah, cómo pueden las experiencias quitar a la verdad su resplandor!

\*\*\*

Habían pasado las dos semanas. Eddie no dejó ni un solo día de visitar a la esposa. Siguió en el plan aconsejado por el señor Lensky, de mostrarse cariñoso con el hijito, sin llegar a la ternura, a fin de no causar celos a Clara. Y ella atribuía aquella actitud a desamor, a desapego, y estaba malhumorada y triste. Y a la vez, aquella tristeza, le parecía a Eddie consecuencia de haber tenido un hijo al que ella no quería de verdad...

¡Cuánto deseaba el pobre esposo volver a casa para en la intimidad del hogar procurar estrechar las laxas que veía aflojadas y lacias!

Aquel día Jennie volvió a visitar a su amiga, a la que había conocido con verdadera fraternidad.

Jennie preguntó a las madres convalecientes cómo se encontraban, y tuvo para sus hijitos una cariñosa solicitud. Después de llegar al lugar donde estaba sentada Clara.

—¡Hola, querida!

—¡Hola, Jennie! ¿Has venido con el taxi?

—Sí. ¿Estás ya lista?

—Sí.

Agrególe su pequeño equipaje con febril actividad.

La señora Lensky le preguntó con extrañeza:

—¿Cómo? ¿Se va usted hoy?

—Sí.

—¿Pero no le dije usted a su marido que salía mañana?

Clara sonrió con frialdad. La que no quería ir con su marido. Pero disimuló.

—Sí; pero quiero darle una sorpresa.

—¡Ah, vamos!

Jennie estaba inquieta.

—Pero, dime; ¿lo has pensado bien?

—Sí. No puedo vivir con un hombre que no tiene ningún interés por su propio hijo. No pienso más que en divertirme. No podría volver con Eddie por nada del mundo. Acabaría odiándolo.

—Bueno, allá tú... Tú sabrás lo que haces. Pienso que, a lo mejor, estás firmando tu sentencia.

Y mientras hablaban, Eddie volvía al hospital y avanzaba por el corredor.

Ella sonriente y llevaba un globo de color azul, de esos que venden para los niños.

La enfermera, al verle, se echó a reír.

—¡Mira qué globo te traigo para que estés contento de su padre!—exclamó Eddie, refiriéndose a su hijo.

—¿Para un niño de dos semanas? Pero ¿no comprende que no jugará con él?

—¿Por qué no?... El chiquillo es muy travieso... ¿Me permite entregárselo?

—Buena, como usted quiera. Pero tendrá que esperar un momento. El doctor está arriba.

—Perfectamente.

Y aguardó con impaciencia el momento de poder entregar personalmente el regalo al chiquillo.

Entretanto, una enfermera penetró en la



sala donde se hallaban Clara, Jennie, varias enfermeras y uno de los médicos.

La enfermera, con voz alterada, gritó:

—Doctor Gilman.

—Dígame.

—Pronto, en la sala de niños.

—¡Voy corriendo!

Clara se estremeció. Con una rápida ojeada se fijó en que todas las mujeres tenían a sus hijitos junto a ellas y que el único que faltaba allí era el suyo.

Dió un grito, la voz del presentimiento y de la angustia.

—¡Mi hijo! ¡Algo le ha pasado a mi hijo!

—¡Por favor, Clara!

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo!

Y como una loca salió de la sala, corriendo hacia el pasillo que daba al departamento de niños.

Jennie, asustada por aquella actitud, intentaba calmarla.

—Pero ¿estás loca, Clara?

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo!—grita desesperadamente—. Algo le ha pasado a mi hijo... ¡Mi hijo! ¿Qué tiene?

La enfermera y un médico detuvieron sus pasos, intentando calmarla.

—¡Por favor! No se ponga así. ¡Por favor!

—¡Mi hijo! ¿Dónde está mi hijo? ¿Qué tiene mi hijo? ¿Qué tiene?

Eddie entró hacia ellas con espanto... Al ver a Clara con aquella desesperación, se sintió contagiado por el mismo terror.

—¡Mi hijo! ¿Qué pasa? ¿Dónde está? ¿Dónde?—gritó.

—Algo le ha pasado... ¡Dejadme entrar!... ¡Dejadme entrar!—sollozaba la madre.

—¡Oh, el niño! ¡Quiero verle, quiero verle!

En el instante en que veían peligrar la vida del niño, las dos rivalizaban en defenderla...

Eddie, como un loco, abrióse paso entre las enfermeras y practicantes que habían acudido atraídos por el escándalo y consiguió entrar en el departamento infantil.

Clara, contenida por Jennie y una enfermera, seguía llamando:

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo!

No tardó en abrirse de nuevo la puerta de la sección de niños y apareció otra enfermera sobre la que Clara se adelantó como loca.

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo!

—¡Cálmate, señora, por favor!—le dijo la recién llegada—. No es a su niño... No es a su niño... Su marido le traerá... Está bien... Cálmese.

Eddie apareció en aquel instante mismo trayendo en brazos al niño cuyo, el dulce pequeño, que dormitaba suavemente.

—Está bien—dijo Eddie con dulzura y ya aplacado sus nervios—. ¡Míralo qué bonito! Aquí está... Mira cómo está bien, mira...

—¡Oh, mi hijito!

—El enfermo era el niño de la señora Burns—explicó una enfermera—. Nada grave. Un ataque de tos...

Pero Clara no la oía... Tenía apretado a su hijo contra su corazón y lo besaba en la frente y los labios y las manitas.

—¡Hijito!... ¡Vida de mamá! ¡Hijito!

Y la idea de que lo hubiera podido perder le hacía apretarlo más contra sí.

Eddie los contemplaba con amoroso recogimiento y a punto estuvieron de saltárselo las lágrimas ante aquella escena de amor.

¿Qué error el suyo! Clara amaba a su hijo como lo podía querer Eddie... Con el mismo e idéntico corazón...

Se acercó y lo besó, y los ojos de Clara, llenos también de lágrimas, tuvieron para el marido una mirada de bondad, de cariño como hacía mucho tiempo no había tenido para él.



\*\*\*

El taxi les conducía al hogar. Clara había renunciado a su proyecto de irse al extranjero en el instante en que supo que su hijo, el fervoroso niño que Eddie sentía por el pequeño, cariñoso y tímido, pero que al contacto del tataro surgía con una esplendidez maravillosa. Tenía razón Jennie: Eddie era un verdadero tesoro.

Clara tenía entre sus brazos al pequeño y junto a ella Eddie le contemplaba con ternura.

—¡Carumbá! ¡No creí que te quería así! —exclamó.

—Ni yo que tú le quisieras como le quieres.

—¿Es posible? ¡Vaya una idea que se te había metido en la cabeza!

—Como hablabas así de los padres y de los hijos...

—Bueno, uno era antes... Cuando ya se tiene un hijo, es diferente...

Y otra vez acarició al pequeño y de pronto se echó a reír con esas risas venturosas que sólo conocen los padres.

¡Míralo! El muy sinvergüenza me ha agarrado un dedo.

Se miraron sonrientes y cambiaron un suave beso. Luego Clara comentó:

—El doctor Burgess dijo que tenía una cabeza muy bien formada.

—¿Dijo eso?

—Sí.

El auto saltó con brusquedad, y Eddie advirtió, nervioso y disgustado, al conductor:

—Oye, tú: más cuidado con los hombres, que llevas en tu taxi al futuro presidente de los Estados Unidos.

—Esa es lo que dicen todos—repuso, riéndose, el chófer.

—Pero sólo el mío será verdad.

Después, con cariñoso afán, suplicó a la esposa:

—¿Me dejas que la tenga un poco?

—¿Quieres tenerla? ¿De verdad quieres tenerla en brazos?

—¡Pues claro!

—Con cuidado, Eddie. Pon el brazo debajo de la cabeza. Anda con tu padre, niño.

Eddie era feliz como no lo había sido nunca. Abrazaba a su hijo, veía junto a él a la esposa, reconquistada ya para su ternura...

—Oye, ¿sabes que el doctor Burgess lleva muchísima razón?... Es la cabeza de niño mejor formada que he visto en mi vida.

—Sí, tiene una cabeza preciosa, ¿verdad? ¡Oh, dímelo!... Te está poniendo perdido de ganas.

Sonrió el picorecamente:

—Si no fuera más que eso... Pero no importa. ¡Muy bien!

Y saludó con su gesto favorito, mientras escuchaba suavemente contra su pecho al niño y juntaba su cabeza con la de la esposa adorada y feliz al ver desahogado el latencia que había envenenado sus primeras horas de maternidad.

F I N

# COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales  
de

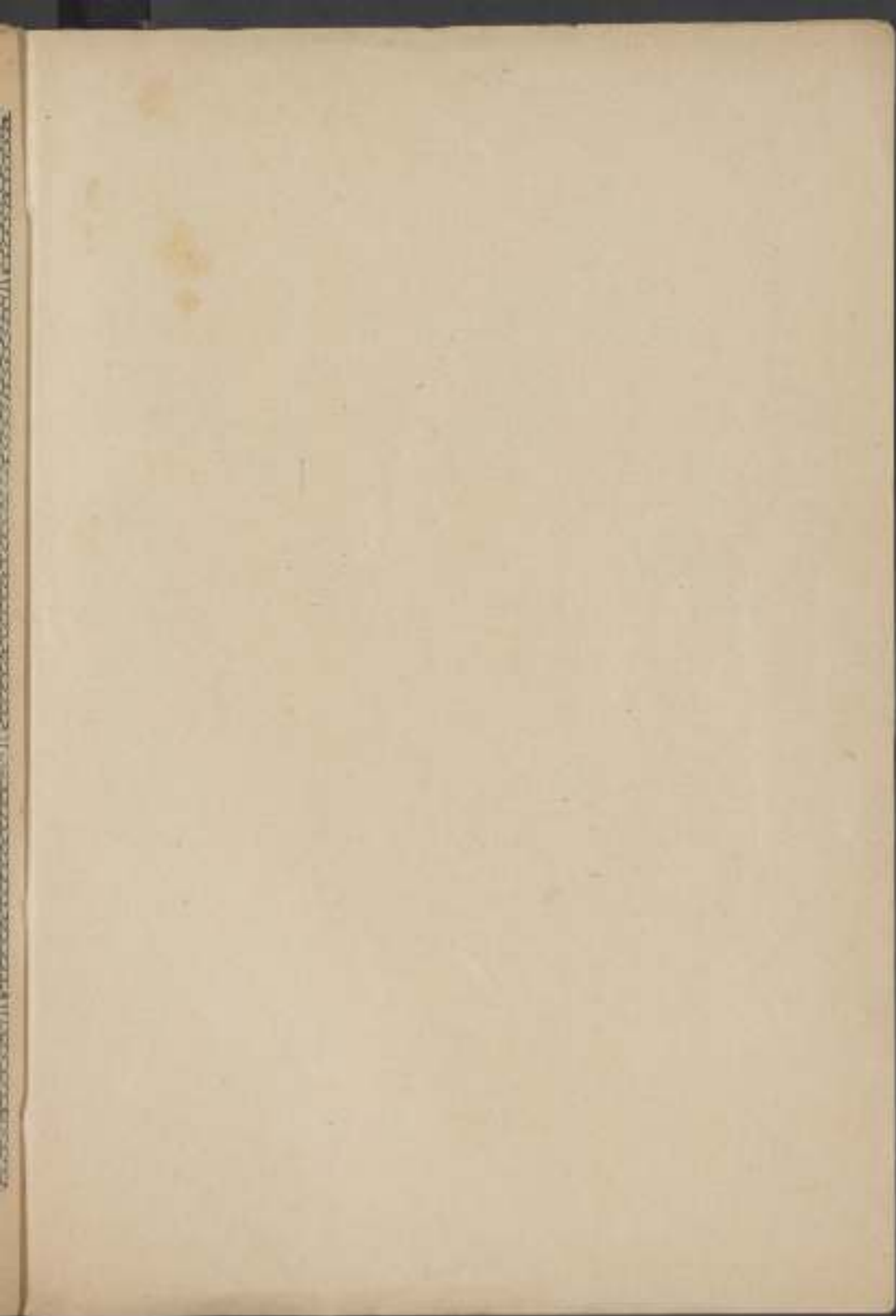
## La Novela Semanal Cinematográfica

### LIBROS PUBLICADOS

La viuda alegre.—El gran desfile.—Miguel Strogoff a el Correo del Zar.—La princesa que supo amar.—El coche número 13.—Sin familia.—Mare Nostrum.—Marta, el hombre que se vendió.—Cuba.—El tesoro de Montecarlo.—Vida bohémica.—Zazú.—Adina, juventud.—El justo errante.—La mujer desueta.—Casanova.—Hotel Imperial.—La 13a Ramona.—Don Juan, el huésped de Sevilla.—Noche imperial.—El séptimo cielo.—Buen Ocaso.—Las vicisitudes del fango.—La mariposa de oro.—Ben Hur.—El diamante y la carne.—La castellana del labano.—La tierra de todos.—Telugu.—El rey de reyes.—La ciudad castigada.—Sangre y arena.—Águilas criollanas.—El sargento Malanca.—El capitán Correll.—El jardín del edén.—La princesa mártir.—Ramona.—Dos amantes.—El príncipe escudiente.—Ana Karenina.—El destino de la carne.—La mujer divina.—Alas.—Cuatro hijos.—El carnaval de Venecia.—El ángel de la calle.—La última cita.—El inmigo.—Amante.—Moulin Rouge.—La ballarina de la ópera.—San Al.—Los cuatro diablos.—Rita, payasa, riel.—Volga, Volga.—La víctima pasiva.—Un cierto muchacho.—Natali.—La ruta de Singapore.—La novia.—Mister Wu.—Renacer.—El aeropuerto.—Los tres pecados.—La melodia del amor.—Cristina, la Holandesa.—Viva Madrid, que es mi patria.—Sombras blancas.—La copia andaluz.—Los colores.—Ira.—El conde de Montecristo.—La mujer ligera.—Virgenes mueren.—El pagano de Tahiti.—Estrella Ritchie.—Buenos Aires.—La sonda del 98.—Hepesimón.—Evangelina.—Orquídeas salvajes.—El caballero.—Egmont.—La máscara del diablo.—El pan nuestro de cada día.—Vieja fidelidad.—Pecados.—Transición.—La penadora.—El beso.—Ella se va a la guerra.—Los hijos de nadie.—El pecador de perlas.—Santa Isabel de Corra.—Los dos hermanos.—La caída de la cuerpa.—El precio de un beso.—La raproba del recuerdo.—Delirios.—Del mismo barrio.—Esquilados.—Cuatro de infantería.—Olimpia.—Monsteu San-Gene.—Sombras de gloria.—Mamba.—Ladron de amor.—Molly (la gran piedad).—El valiente.—De frente.—Marchant.—Prim.—El presidente.—Romance.—El gran charco.—Tampstad.—El alma del mar.—Anna Christie.—Sevilla de mis amores.—Horizontes nuevos.—Ben Hur (edición popular).—La incorregible.—El malin.—El pava real.—Bajo los techos de París.—Wo-Is-Chang.—Montecarlo.—Carolina del Inherno.—¡Mio zard!—¡Alchaya!—La mujer que amamos.—Al compás de 3/4.—La primera se enamora.—Amantes de amor.—El gran desfile (edición popular).—Du Barry, mujer de pasión.—La viuda alegre (edición popular).—Ángelos del infierno.—Cuerpo y alma.—El imperio.—España a medias.—Esclavas de la moda.—Petit Café.—Hay que ceder al príncipe.—Inspiración.—El proceso de Mary Dagan.—En cada puerto un amor.—Marrufo.—¿Conoces a tu mujer?—El millón.—La mujer X.—Oeste alegre.—Mar de fondo.—La dama sagrada.—La ley del barón.—La fruta amarga.—Vidas truncadas.—La serra del mar.—Tahú.—El pasado acusa.—Vagabundos largos.—Trader Horn.—Un rancho en la corte del rey Azurn.—El código penal.—La pura verdad.—Maternidad o el dancar a la vista (fuera de serie).—Corben (La tragedia de la vida).—Estudiantes.—Las peripetias de Skippy.—¿Qué verdad?—El camino de la vida.—Noches de Viena.—Mami.—Eran tres.—Chris-Bibi.—Héctor otra vez.—Comarcas de luz.—Los hijos de la calle.—La divorciada.—Madama, Récia.—¿Cuándo te casarás?—Mariquita.—El carmen amarillo.—Hicoré a tu madre.—Su última noche.—Las alegres chicas de Viena.—Viva la libertad.—Malvada.—El testamento del amor.—Deliciosa.—Creio rubado.—Amarga idilio.—Honor entre amantes.—Pace alcanzar la luna.—El hombre que vivió.—Rodolfo.—La calle.—El prófugo.—Música de paz.—Amores de medianoche.—Miguel Strogoff o El Correo del Zar (edición popular).—La hermana de San Sulpicio.—El demonio y la carne (edición popular).—La dama misteriosa.—Los clavos de la Virgen.—Pareja de baile.—Alma libre.—Al Capote (Paseo en Chicago).—Mi último amor.

Que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección,  
considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.







300

E. B.

**Precio: Una peseta**